Movimiento social negro en el norte del Cauca: una apuesta histórica en contra del monocultivo de caña

Nombre: Andrés Felipe Granja Orejuela

Tutor: Juan Manuel Martínez Fonseca

Universidad Pedagógica Nacional

Facultad de Humanidades

Departamento de Ciencias Sociales

Licenciatura en Ciencias Sociales

Línea de Investigación en Historia

Bogotá D.C.

Marzo 2020.

Dedicatoria

A mi comunidad del municipio de Guachene-Cauca por resistir y enseñarme a ser comunidad negra desde pequeño, a mi familia por el apoyo constante, la universidad pedagógica por enseñarme una pedagógica crítica y transformadora, al profesor Juan Manuel Martínez por enseñarme el gusto por la historia, a los profesores del programa y a la planta de trabajadores de la universidad pedagógica por enseñarme a construir comunidad universitaria y al PCN por enseñarme a ser un Cimarron en donde vaya.

Agradecimientos

Agradezco inicialmente a los Orishas y a mis ancestros por permitirme el aprendizaje diario en este proceso de crecimiento , todas las personas que estuvieron en mi proceso de formación académica dentro de la universidad, a mis padres Nidia Orejuela y Fredy Granja por ser un apoyo constante y permanente, a mis hermanos Daniel Granja y Jhon Granja por ser mi inspiración, a mis compañeros de Jembé Afram por hacer que mi paso por la universidad tenga un tinte de raíces negras, al Proceso de Comunidades Negras (PCN) por abrir el sendero en el camino de la lucha del movimiento negro y permitirme conocer personas que han brindado la formación constante en lo que será mi vida profesional. A la Universidad Pedagógica Nacional por abrirme sus puertas y a todos los maestros por la dedicación y apoyo y el conocimiento que me brindaron.

Contenido

Introducción 16

Planteamiento del problema 16

Justificación 21

Objetivo general 22

Objetivos específicos 12

Antecedentes investigativos 12

¿Qué se ha dicho sobre las comunidades negras y el problema agrario? 23

Antecedentes investigativos sobre el paro nacional agrario de 2013 28

Enfoque metodológico 20

Capítulo I. Problema agrario en Colombia e identidad negra 35

Breve caracterización histórica de la concentración de la tierra en Colombia 35

Identidad y movimiento social negro 41

Capítulo II. Ingenios azucareros y resistencia de las comunidades negras 48

Monocultivo de caña, concentración de la tierra y explotación al trabajador negro 50

Principios de la consolidación del monocultivo de caña en la zona geográfica del valle del río Cauca 53

Movimiento negro en el norte de Cauca 60

Cimarrones y rebeldía negra 73

Evolución de la organización negra a finales del siglo XX 76

Capítulo III. Acción colectiva y perspectiva política del movimiento negro de Guachené 83

Paro nacional agrario..... 84

Comunidades negras en el paro nacional agrario..... 78

Experiencia de las organizaciones negras y participación en el paro nacional agrario..... 89

Cumbre Agraria Campensina, Étnica y Popular: una propuesta para el buen vivir..... 94

Conclusiones..... 100

Anexos 105

Indice de imágenes

Imagen 1. Mapa de ingenios azucareros en el departamento del Valle del Cauca. 50

Imagen 2. Principios de la consolidación de la industria azucarera. 54

Imagen 3. Distribución de la tierra municipio Puerto Tejada, norte de Cauca, año 1933. 61

Imagen 4. Distribución de la tierra municipio Puerto Tejada, norte de Cauca, año 1968. 62

Imagen 5. Mapa de Guachené..... 72

Introducción

Planteamiento del problema

La cuestión agraria en Colombia siempre ha sido el eje central y detonante de los mayores conflictos que ha vivido el país durante los dos últimos siglos. Como herencia de la colonia española, la estructura de la tierra se caracteriza por los altos niveles de concentración y, en consecuencia, el despojo y la precariedad de las comunidades rurales. El tipo de uso de los suelos y la economía que de ello desprende siempre ha privilegiado a los grandes terratenientes y a las empresas multinacionales, que explotan los recursos y son los únicos que realmente se benefician, en detrimento de las condiciones de existencia de los campesinos indígenas y negros que habitan en las zonas rurales del país. Diferentes mecanismos y políticas han implementado el Estado durante la vida republicana para beneficiar siempre a los reducidos grupos de poder económico, impulsando reformas agrarias que en nada redistribuyen el acceso a la tierra y la posibilidad de trabajarla en favor de la economía territorial de los campesinos.

La explotación de recursos minerales y energéticos, el monocultivo y la ganadería extensiva constituyen la apuesta macroeconómica del país, generando dinámicas de acumulación capitalista sobre la base de la expropiación, el despojo y el destierro de las comunidades rurales. Sumado a esto, la economía del narcotráfico que alcanza cada vez más dinámicas transnacionales que agudizan la violencia que gira en torno al cultivo y producción de narcóticos, la mayoría de habitantes del campo han sido nuevamente victimizados por las condiciones estructurales de violencia en el país. Ante este panorama, se han constituido un sinnúmero de organizaciones campesinas, indígenas y negras para reivindicar una serie de derechos que el Estado no es capaz de garantizar. Precisamente, paralelo al proceso histórico de concentración de la tierra han

emergido procesos de resistencia campesina y rural que han llevado el conflicto a instancias armadas, políticas y sociales.

El caso de las comunidades negras reviste de particular interés por las condiciones sociohistóricas en que se presenta. Su condición como sujeto explotado se caracteriza concretamente por una historia de esclavitud y de intento de arrebato de su identidad.

Debe partir del reconocimiento que, aunque se habla de una periodicidad 2010 – 2016 se concentra en el paro agrario por ser este un referente para la organización y movilización campesina. Desde el establecimiento de un modelo de trata trasatlántica de hombres y mujeres africanas, cualquier rasgo de identidad como comunidad negra empezó a ser despojada, llegando a niveles de racismo que han perdurado duranta más de cinco siglos. En el caso colombiano, su condición de esclavitud durante y después de la colonia determinó una estructura social, política y económica que en la actualidad es vigente en sus dinámicas de segregación y desconocimiento de derechos políticos y sociales. Además de enfrentarse a las condiciones desiguales de la estructura agraria del país, disputan una lucha por el reconocimiento de su identidad y la autonomía que durante tantos siglos les ha sido arrebatada.

Hoy por hoy, las comunidades negras han avanzado en un proceso de organización que alcanza estructuras del nivel nacional, con la que cada vez posicionan con mayor contundencia las diferentes reivindicaciones y demandas que las caracteriza. Para las comunidades negras la concepción de defensa y lucha por el territorio se convierte en un aspecto central de su concepción de existencia. Allí se encuentra la posibilidad de recrear todo un andamiaje simbólico, cultural, económico, político y social que corresponde con todo aquello que guardan de la su identidad arrebatada: el misticismo, la religión, el lenguaje, las formas de asociarse, etc.

Bajo estas ideas, la presente investigación tiene como propósito analizar las causas y las perspectivas del movimiento social negro. Para este caso, se toma como referente el proceso organizativo de la comunidad del municipio de Guachené en el norte del departamento del Cauca. Lo que se pretende es develar la forma en que se ha articulado un movimiento territorial que busca hacer frente a las diferentes problemáticas agrarias y sociales a las que se encuentra sometida la comunidad negra de Guachené. Para llevar a cabo este ejercicio se ha toma como referencia el problema de la estructura agraria en Colombia, enfocándonos principalmente en la configuración histórica de un modelo de industria azucarera en el norte del departamento del Cauca. Tomando este elemento particular como referente, busca desentrañarse su relación como detonante en la configuración del movimiento negro en el municipio de Guachené, además de otros aspectos emergentes que resulten durante el proceso investigativo.

Por otro lado, valga advertir que para comprender la experiencia organizativa y de lucha política de las comunidades negras del municipio, se ha determinado como referente de análisis el paro nacional agrario de 2013, reconociendo este como un momento de acumulación de las disputas agrarias del país, en el que se hacen manifiestas las contradicciones generadas por la concentración de la tierra. Es decir, el análisis histórico que se pretende, desemboca en la experiencia del paro nacional agrario y en la participación que allí tuvo el movimiento negro del municipio de Guachené con el propósito de poder situar la problemática histórica de la tierra y el devenir del movimiento social negro en un contexto particular. Asimismo, se busca develar cuáles son las perspectivas políticas y de lucha por el territorio del movimiento, tomando como referente su participación en la Cumbre Agraria Campesina Étnica y Popular. De esta manera se espera determinar los avances históricos del movimiento, su condición actual y la proyección de sus luchas en el marco de los análisis expuestos.

La estructura del presente documento se ha desarrollado según una lógica que permita hilar el problema de estudio desde las principales causas históricas hasta la concreción de aquellos elementos que hacen manifiestas las diferentes contradicciones detectadas. Es así que, en primera medida, se desarrolla todo un apartado introductorio que ubica al lector en torno al problema de estudio que se está desarrollando y a la pertinencia de su ejecución; se exponen además antecedentes de investigaciones relacionadas con el fenómeno de la concentración de la tierra y de la organización negra. Igualmente, en este apartado se describe la metodología, los instrumentos y las técnicas de investigación que se han empleado, resaltando la participación de tres referentes de la organización negra en el municipio de Guachené, norte del Cauca, y la revisión de documentos académicos e históricos que permiten situar con mayor profundidad el problema.

Posteriormente se desarrolla el Capítulo I en el que se aborda desde una perspectiva teórica e histórica el problema de la concentración de la tierra en Colombia, tratando de abordar, de los diferentes momentos históricos, los elementos más representativos de la estructura agraria y el régimen imperante de tenencia de la tierra. También en este capítulo se desarrolla una perspectiva teórica para comprender la identidad y el movimiento negro según los aportes de autores de renombre en el campo de los estudios de identidad afro; en este caso, el apoyo teórico se centra en los planteamientos de Achille Mbembe y otros autores referenciales que contribuyen en una mirada mucho más específica. La intención de este primer capítulo es establecer un marco mucho más amplio de referencia del problema de investigación, de manera que su perspectiva de la tenencia de la tierra sen enfoca a la dimensión nacional y el abordaje del movimiento negro se ubica desde lo puramente conceptual y teórico con algunos elementos introductorios al problema particular.

El Capítulo II se desarrolla en torno al problema específico de la tierra en el norte del Cauca, particularmente sobre la cuestión de los ingenios azucareros. Sobre la misma comprensión

de las dinámicas de concentración, se exponen las características históricas del régimen que adoptaron los ingenios azucareros en la zona geográfica del valle del río Cauca que comprende precisamente el territorio que va desde el norte del departamento del Cauca hasta el sur del departamento de Risaralda. Esta primera parte del capítulo sirve para comprender las causas históricas que han posibilitado la emergencia de una organización y movimiento de las comunidades negras del norte del Cauca, tema que se aborda en el mismo capítulo, pero en un segundo momento. De este modo, se busca establecer la estrecha relación que existe entre el problema agrario vinculado al monocultivo de la caña y la reivindicación y acción política de las comunidades negras por la defensa y permanencia en el territorio.

El Capítulo III se concentra en la coyuntura del paro nacional agrario de 2013 como expresión concreta de las contradicciones surgidas por e problema agrario y la consecuente creación de organizaciones locales en el norte del Cauca, específicamente del municipio de Guachené. Este capítulo recoge con mayor especificidad las intenciones y posturas del movimiento negro, como también sus perspectivas políticas; esto último sobre la base del análisis que se hace respecto de la Cumbre Agraria, Étnica Campesina y Popular, escenario de confluencia y proyección política de distintos movimientos sociales a nivel nacional. Finalmente, se presentan las conclusiones de la investigación, exponiendo las respectivas reflexiones que han surgido durante el mismo proceso.

Justificación

El problema agrario y las condiciones de segregación económica, política y social de las comunidades negras, son dos factores vigentes en la historia colombiana. Su perdurabilidad constituye la frecuente opción de ser analizadas, por supuesto, siempre bajo la mirada particular de los intereses del investigador. En este caso, los motivos que guían la investigación se sitúan, como primera medida, en la oportunidad de comprender a fondo los problemas del municipio del cual soy oriundo. Es decir, la intención principal de la investigación corresponde a una suerte de responsabilidad y arraigo que se tiene con el territorio, de manera que puedan quedar al descubierto las causas históricas de marginalidad en las que hoy se encuentra el municipio. Desde esta mirada, se entiende entonces que la investigación también reviste de una pertinencia social, en tanto lo que se pretende es que este estudio constituya un aporte de sistematización de la experiencia del movimiento negro en Guachené, para sí poder determinar hojas de ruta que acerquen a la comunidad a situaciones de existencia cada vez más dignas.

Por otro lado, existe una pertinencia de carácter académico y pedagógico, en la medida en que se espera que la investigación contribuya en el esclarecimiento de las condiciones históricas que han configurado los conflictos territoriales en el municipio de Guachené. Como futuro educador, la pretensión vinculada a eta investigación es también poder elaborar una reconstrucción histórica de las luchas o reivindicaciones del territorio para poder generar procesos de memoria histórica con las nuevas generaciones e incluso con el mismo proceso con el que se lleva a cabo la investigación. Este ejercicio investigativo contribuye a que el movimiento y las comunidades negras reconozcan el devenir de su configuración y actúen con el firme propósito de transformar las condiciones que aún hoy los segregan por su identidad negra.

Objetivo general

Analizar las causas y las perspectivas de las luchas políticas del movimiento social negro del municipio de Guachené, norte del Cauca, entre los años 2010 – 2016

Objetivos específicos

- Determinar el problema agrario en el norte del cauca y su relación con la emergencia del movimiento social negro
- Caracterizar la evolución histórica del movimiento social negro del norte del Cauca
- Analizar la participación del movimiento social negro del norte del Cauca en el paro nacional agrario de 2013 y en la Cumbre Agraria Étnica y Popular
- Establecer la perspectiva y proyección del movimiento social negro del norte del Cauca tras su participación en el paro nacional agrario de 2013 y en la Cumbre Agraria Étnica y Popular

Antecedentes investigativos

Este capítulo tiene como propósito establecer algunos elementos que sirven de referencia para comprender las formas en que se ha abordado el problema de estudio desde sus diferentes dimensiones. En términos generales son dos las categorías que guían el estado del arte y que contribuyen en la determinación de los diferentes criterios de análisis para la investigación. Por un lado, se caracteriza investigativamente la condición del movimiento social negro y sus rasgos identitarios y, por otra parte, se aborda lo relacionado con el problema de la tierra y su manifestación en el paro nacional agrario de 2013. De esta manera se sitúan los antecedentes investigativos sobre las comunidades negras y el problema agrario, como también en torno al paro

nacional agrario. Se caracterizan algunas de las investigaciones que aparecen en diferentes repositorios y plataformas académicas.

¿Qué se ha dicho sobre las comunidades negras y el problema agrario?

Una de las principales categorías en que se enmarcan las investigaciones en torno al movimiento social negro se relaciona naturalmente con la perspectiva identitaria. Agudelo (2010), quien estudia las movilizaciones de las colectividades afrodescendientes en la región latinoamericana, efectivamente reconoce que este rasgo ha sido determinante ante las dinámicas de exclusión social que se ciernen en torno a la población negra. La propia condición de ser negro como justificación para el establecimiento de todo un engranaje social excluyente. Reconoce Agudelo que incluso a la población negra se le ha despojado del peso histórico en los diferentes procesos de cambio social de los países latinoamericanos, y se les ha relegado discriminadamente a un papel asociado a la mera figura de herencia de mano de obra esclava. Se ha reducido todo lo que representan históricamente y únicamente suele asociárseles a un reduccionismo folclórico.

Desde esta mirada que reconoce críticamente Agudelo (2010), la condición social y política de las poblaciones negras se agota en un determinismo biológico, en el que el negro es reconocido socialmente, por ejemplo, por su "capacidad deportiva". Las gestas y los triunfos que le corresponden no se miden desde un parámetro social y político sino casi exclusivamente a una 'ventaja' biológica. Este tipo de nociones y conceptos agudizan la exclusión que recae sobre la población negra. 'No hay porqué reconocer toda la relevancia histórica, en tanto se reconozca su capacidad para dejar en alto el nombre del país en los eventos deportivos'; eso es lo que parece suficiente. De este modo, reconoce Agudelo en su investigación, es que los movimientos sociales y políticos negros en América Latina han reforzado el discurso sobre la identidad, reconociéndola

críticamente como un instrumento de movilización y afirmación positiva del ser negro. Concluye planteando, además, que precisamente por esta reducción de su identidad, se ha escondido toda la riqueza que se esconden tras de ella y que resulta preciso afirmar la existencia de procesos de construcción territorial asociada a las identidades negras, así, en plural, haciendo honor a toda la riqueza de sus particularidades.

En el contexto de la acción colectiva, Girón (2015) realiza un análisis sobre lo que ella denomina los procesos de movilización *trasnacional* del movimiento social afrocolombiano entre los años 2002 y 2010, precisamente durante el Gobierno de Álvaro Uribe Vélez. En su investigación reconoce la importancia de entender el movimiento social negro según las necesidades específicas de sus entornos políticos; es decir, acude al reconocimiento de las dinámicas nacionales para caracterizar, en este caso, lo que fue el trabajo del Proceso de Comunidades Negras (PCN) en Colombia durante este periodo. De lo trasnacional rescata precisamente cómo se ejerció un mecanismo de denuncia y de presión ante los organismos internacionales de derechos humanos para evidenciar cómo la política de la Seguridad Democrática se convirtió en una estrategia de violación sistemática a los derechos humanos de las comunidades negras. Rescata la capacidad de agencia en escenarios más allá de sus propios territorios e incluso más allá de sus propios rasgos identitarios, siempre que denunciar la violación a los derechos humanos involucra una reivindicación mucho más vinculante, especialmente en el contexto temporal en el que se ubica su investigación.

Una investigación de mucha más amplitud en términos de los tiempos históricos es la de Wabgou, et al. (2012). En esta se aborda un acercamiento histórico al movimiento social afrocolombiano y las identidades negras, raizal, y palenqueras reconociendo sus procesos políticos y organizativos desde el momento en que en el país se presenta la abolición de la esclavitud hasta

la actualidad. El grupo de investigadores establece que las dinámicas de violencia en los territorios de estas poblaciones han constituido un flagelo que, además de impactar de manera adversa en su construcción cultural, también han significado la oportunidad para organizarse y llevar a cabo diferentes procesos desde las dinámicas de la acción colectiva. Estos procesos de movilización política se sitúan en torno a reivindicaciones específicas de los derechos étnicos y del reconocimiento que históricamente han abogado las comunidades negras. Sin embargo, las condiciones históricas del devenir del país han desencadenado cada vez más oleadas de violencia en las que el desplazamiento, las desapariciones y los asesinatos sistemáticos parecen establecer el orden del despojo en cada uno de sus territorios. Lo que se detecta en la investigación de Wabgou, et al. (2012) es precisamente la problemática histórica por el acceso a uno mínimos de condiciones para vivir bien en los territorios.

Ahora bien, de manera más concreta, por las características poblaciones en los municipios del Cauca, son varias las investigaciones que allí se han desarrollado sobre temas similares al del interés de esta investigación. Hurtado (2001) elabora una investigación sobre la política agraria y el movimiento social en el departamento del Cauca; resalta cómo los procesos organizativos desde la década de 1970 se estructuran en torno a reivindicaciones particularmente asociadas a las condiciones étnicas. Si bien reconoce las dinámicas estructurales que han generado los diferentes problemas que a día de hoy se mantienen en las comunidades rurales del país, destaca en su estudio el papel del Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC) y particularmente, el de las comunidades negras en el norte del Cauca. Para la investigadora resulta relevante cómo la combinación de las problemáticas estructurales y de las demandas identitarias de estos sectores sociales se traducen en apuestas concretas por autonomía territorial. Lo que resulta particular es precisamente la concepción sobre el derecho diferenciado por la que allí se aboga. No necesariamente se le exige

presencia al Estado, sino que este genere las garantías para el reconocimiento de sus particularidades y así constituirse como pueblos o naciones (esto último en el caso de los indígenas) con ejercicios de empoderamiento y autonomía.

El estudio de Restrepo (2014) se concentra en la relación histórica que existe entre las comunidades negras del norte del Cauca y las actividades mineras. Describe el proceso de poblamiento del territorio sobre la base del comercio de esclavos por las bajas tasas demográficas en la época de la colonia; la mano de obra indígena, como se sabe, resultó insuficiente para la ambición extractivista y trató de suplirse con la importación de africanos esclavizados. Por supuesto, esta nueva mano de obra escala no sólo aportó en la economía minería, sino también en el sostenimiento de las haciendas en labores de cultivos de tabaco, café y cacao. Pero la investigación de Restrepo no se queda allí, realiza todo un barrido hasta los conflictos mucho más actuales generados, en principio, por la activación de una economía ilegal minera, derivando esto en la llegada de grupos armados irregulares que han afectado durante décadas el desarrollo de las poblaciones y condicionando las dinámicas en que tradicionalmente se relacionaban los pobladores negros de la Región. De este modo lo que pretende Restrepo, es establecer paralelos históricos que permitan detectar las causas de la organización del movimiento negro en el norte del Cauca sobre la base de las dinámicas económicas, sean estas ilegales o legales; en cualquier caso, tendientes a pauperizar las condiciones de vida de los habitantes negros.

En términos similares, el trabajo de Mina (1975) se convierte en un ejercicio historiográfico del papel de las comunidades negras del norte del Cauca en los procesos de organización y posterior liberación del yugo colonial. En un recuento periódico caracteriza los diferentes mecanismos y momentos de esclavización de la población negra hasta tomar en consideración cómo se gestan los procesos de emancipación de los mismos. De esta manera, hace también un

barrido del tránsito posterior que se da desde el proceso de emancipación hasta su transformación en un campesino asalariado, pasando previamente por la figura del campesino libre. Para Mina (1975), estas diferentes relaciones de producción que caracterizan al tránsito histórico de la población negra del norte del Cauca, se define esencialmente modelos de violencia política y económica que victimizan a los negros de la región y que en últimas terminan por despojarlos, no sólo de sus tierras, sino también de su fuerza de trabajo. Atribuye a lo que él considera la hegemonía blanca, todo el proceso de 'occidentalización' del territorio colombiano bajo la falsa figura civilizatoria, como el elemento causal de los procesos de servidumbre y despojo. La consecuencia plateada por Mina (1975) es el establecimiento de cultivos temporales de soya, maíz y algodón en grandes plantaciones que eran trabajadas tanto por comunidades negras como por comunidades indígenas.

Por lo demás, muchas otras investigaciones se han concentrado en los problemas actuales caracterizados por la fluctuación de la violencia en la región del Cauca. El narcotráfico y las economías ilegales, el conflicto armado y el conflicto social son el eje de innumerables estudios que tratan de desentrañar las condiciones particulares de subsistencia de las poblaciones negras del norte del departamento. El Observatorio de Territorios Étnicos (2012) de la Universidad Javeriana y el Centro Nacional de Memoria Histórica (2014) han generado también algunos aportes al respecto, especialmente en torno a las consecuencias del conflicto, siendo una de ellas la constante convicción de organizar a la población como único mecanismo de defensa del territorio ante el abandono estatal y la violencia que no cesa.

Lo que puede deducirse del puñado de investigaciones consultadas es que el norte del Cauca es un territorio de alta conflictividad social. Toda la carga histórica que lo caracteriza determina las múltiples formas de organización de las comunidades negras que afianzan sus raíces

en el tiempo y han logrado desafiar los procesos de segregación y esclavitud o, por lo menos, adaptar formas de resistencia. Se hace latente el despojo de tierras y la violencia como causas históricas que perduran a pesar de los diferentes procesos sociales y económicos que con el tiempo se han instaurado en el territorio caucano. También, resalta el rasgo identitario como un eje de análisis para comprender la vigencia y la perspectiva de sus luchas, de sus apuestas políticas y, en general, de su concepción de defensa y construcción del territorio. Estos elementos puntuales pueden reflejar muchos de los problemas que se detectan en el contacto directo con el proceso de organización de comunidades negras que se ha vinculado a esta investigación.

Antecedentes investigativos sobre el paro nacional agrario de 2013

Las investigaciones que se han llevado a cabo en torno al paro nacional agrario tienen que ver específicamente por las condiciones en las que sucede este acontecimiento. Es decir, se revisan las causas políticas y económicas que lo motivan, como también la condición del campesinado como principal protagonista de estas jornadas de movilización. Sobre lo primero, las causas del paro nacional agrario, las investigaciones coinciden en la lectura sobre la cuestión agraria colombiana como recurrente del descontento del campesinado. Para Cruz (2017), por ejemplo, el problema se sitúa en el aumento de los precios de los insumos agrícolas, el aumento en importaciones como medida correspondiente a los TLC y en la histórica dificultad para acceder de manera democrática a la tierra. Por su parte, Campos (2015) sitúa el análisis de las causas en la constante violación a los derechos humanos de la población campesina como producto de la tensión histórica que ha existido con los representantes del Estado. Añade que la situación de pobreza también se configura como un detonante, relacionándola con los fallidos modelos de desarrollo que se han implementado en la ruralidad colombiana. En general, las investigaciones

consultadas atribuyen el origen del paro nacional agrario a un conjunto de políticas neoliberales que han afectado a los campesinos desde hace ya algunas décadas.

En cuanto a la condición propiamente del campesinado como sujeto político y protagonista de las jornadas de movilización, Angarita (2019) resalta su condición histórica de marginalidad en torno a las dinámicas sociales, políticas y económicas del país, que han terminado por excluir a los campesinos, no sólo de los supuestos beneficios, sino de la participación para sus definiciones desde las políticas públicas. De manera que una de sus reivindicaciones se constituye precisamente sobre la base de la construcción de un sujeto político reconocido por el Estado y por la sociedad. Para Cruz (2017), la figura del campesino se exalta en los tres grandes espacios en los que lograron confluir a nivel nacional: el Coordinador Nacional Agrario, la Mesa Agraria y Popular de Interlocución y Acuerdo y las Dignidades Agropecuarias. Estos, según Cruz, se convirtieron en los referentes de articulación de la lucha campesina en todo el territorio nacional. Por último, Campos (2015) plantea su análisis desde el 2006 y hasta el 2014 sobre la experiencia del movimiento campesino, reconociendo que es precisamente el paro de 2013 uno de los eventos referentes, en tanto proceso de movilización que logró un nivel de convocatoria de los más altos registros en las jornadas de protesta de las últimas décadas en el país.

Por las generalidades detectadas sobre el paro nacional agrario de 2013, es preciso reconocer que la visión planteada por tales investigaciones resulta de total pertinencia para esta investigación, siempre que sitúa dos de los aspectos que se consideran centrales en el problema de estudio: la cuestión agraria y el movimiento social que para nuestro caso se enfoca específicamente en las poblaciones negras.

Enfoque metodológico

El estudio de los movimientos sociales se puede abordar desde diferentes perspectivas: los estudios culturales, los estudios sociológicos, los estudios históricos y otros más han tratado de desentrañar sus dinámicas. En términos generales, es un problema que corresponde de manera sustancial con las ciencias sociales, y sin embargo las interpretaciones que tienen lugar pueden desembocar en posturas de diversas características. Por tanto, es importante especificar desde dónde -o bajo qué principios epistemológicos- la presente investigación indaga por la naturaleza y el origen de los escenarios de acción política del movimiento negro del norte del departamento del Cauca. Aunque el problema central se ubica en la jornada de movilización campesina del segundo semestre de 2013, es decir, en un acontecimiento de la historia reciente del país, es claro que su entendimiento nos aboca a procesos investigativos más agudos de la historicidad del problema agrario en Colombia. Es por ello que se asume como enfoque de investigación el materialismo histórico, acudiendo a técnicas de recolección y análisis de la información puramente cualitativas.

En las ciencias humanas el paradigma cualitativo tiene una larga trayectoria, gracias a su ‘flexibilidad’ (o maniobrabilidad) permite un abordaje investigativo en el que se entrecruzan problemáticas de naturaleza aparentemente distintas en un momento de la historia determinada (Denzin y Lincoln, 1994). La emergencia de este tipo de problemáticas depende precisamente del contexto sobre el cual se lleva a cabo la investigación; por lo cual, ello nos orienta a otra característica de los estudios cualitativos que tiene que ver con la construcción de un conocimiento desde lo local. Son las experiencias específicas de la comunidad que participa en la investigación las que orientan el desarrollo de la misma; producto de su experiencia social y en el diálogo que establece con ellas el investigador, se construye la realidad histórica que quiere desentrañarse.

De manera que la ‘flexibilidad’ enunciada corresponde específicamente a las decisiones que el investigador debe tomar durante todo el proceso, pues estas se van modificando en la medida en que emergen nuevos problemas que pudieron no haberse contemplado en principio, pero que tienen una estrecha relación para la comprensión del problema de estudio. Ello implica la agudeza del investigador y su capacidad de abordar el problema integralmente, máxime cuando este corresponde con una situación histórica estructural de la realidad social colombiana. Al ser el movimiento negro del norte del Cauca una de las poblaciones que ha sufrido las consecuencias del problema agrario en Colombia, la investigación integra de manera central su voz y su participación. Es en la interacción con ellos que se construye el conocimiento de manera conjunta, generando dinámicas de estudio que incluso pueden implicar anular algunas de las prenociones teóricas con que el investigador se ha acercado en primer momento al problema de estudio (Vasilachis, 2006), pues el tema investigado ha generado reflexiones implícitas entre la comunidad de participantes que escapan a su dominio académico.

Precisamente, el reconocimiento de los sujetos que participan en la investigación como voces autorizadas para comprender el problema de estudio son parte de la perspectiva crítica con la que este se aborda. Busca romper con la mirada positivista que trata de imponer rasgos de las disciplinas naturalistas a los problemas de las ciencias sociales. La adopción del materialismo histórico como eje de análisis e interpretación rompe con esa suerte de *homogeneidad epistemológica* (Lowy, 1974) del positivismo, que pretende hacer de los acontecimientos sociales un problema cuya naturaleza resulta estática y no puede modificarse a voluntad. La participación de los integrantes del movimiento negro en el constructo histórico que se pretende, es pues un reconocimiento de los factores ideológicos, de las pasiones y de las prenociones que entran en

juego durante el desarrollo investigativo, bien sea por parte de los participantes, como también del investigador.

Bajo esta perspectiva se asumen principios metodológicos para la investigación según el enfoque del materialismo histórico (Lowy, 1974). En primer lugar, se reconoce el carácter histórico de los procesos de movilización social en el norte del Cauca entre los años 2010 y 2016, entendiendo que es producto y causa de procesos sociales de transformación por acción del hombre. En segundo lugar, se reconoce la postura del movimiento negro como posición de clase en una disputa antagónica, ante lo cual los análisis e interpretaciones que tienen lugar reivindican su condición de sujetos explotados. En relación con ello se asume que el conocimiento que se produce puede tener una incidencia directa sobre la disputa de clases sociales en el país, especialmente como un aporte para el movimiento negro en la sistematización y proyección de sus luchas. Por último, se reconoce una identidad parcial entre el investigador y el problema de estudio, en tanto existen intereses no sólo académicos sino también sociales y personales. Lo cual no supone un ejercicio de investigación histórica relativista, pues se confrontan fuentes y se combinan métodos de investigación que pretenden objetividad y privilegian una postura epistemológica centrada en aquellos sujetos sociales que proclaman y reconocen la importancia de un cambio social.

Son dos las técnicas que se han establecido para llevar a cabo la investigación; por un lado, un ejercicio de revisión documental o fuentes secundarias y, por otra parte, la implementación de entrevistas semiestructuradas como ejercicio de consulta de fuentes primarias.

Sobre la **revisión documental,** se han llevado a cabo procesos de consulta en documentos teóricos, investigativos y normativos que permiten situar el problema de estudio desde categorías

y antecedentes que aportan en el análisis y en la comprensión específica del problema. A este respecto, se aborda bibliografía que corresponde con categorías analíticas como el problema de la tierra en Colombia y los movimientos sociales, específicamente el movimiento negro. Con base en estas categorías se consultan investigaciones precedentes que particularizan el estado del arte y la forma en que problemas semejantes han sido abordados en la región latinoamericana y en Colombia. Además, se ha consultado el marco normativo de reconocimiento constitucional a la población negra colombiana. Todo ello, como base sólida para la confrontación de datos y la combinación de fuentes y mecanismos de investigación.

En cuanto a la **entrevista semiestructurada**, se ha diseñado sobre la base de categorías asociadas al problema de estudio: origen y evolución histórica del movimiento, reivindicaciones en el paro nacional agrario 2013, acción política y movilización, articulación nacional con otros movimientos, perspectiva político-organizativa en el corto y mediano plazo. La entrevista consta de siete preguntas con las que se refuerza el análisis centrado en la teoría consultada. Para su implementación se han seleccionado tres dirigentes del PCN que conocen a profundidad el proceso y que participaron durante el paro nacional agrario de 2013.

- Gabino Hernández, abogado, es uno de los dirigentes con mayor experiencia política del PCN. Sus primeras acciones en reivindicación de las comunidades negras se remontan al proceso constituyente de 1990; posteriormente se vincula al PCN y durante más de 24 años ha aportado con su experticia y bagaje político a la organización. Ha ocupado cargos importantes en entidades públicas: Secretario de gobierno y participación comunitaria del departamento del Cauca, Alcalde en cargado de Puerto Tejada, Director de asuntos para las comunidades afro del Ministerio del Interior,

asesor jurídico de los municipios de Buenos Aires, Guachené, Caloto y Santander de Quilichao.

- Leidy Mina, militante del PCN, ha sido coordinadora de jóvenes del Palenque, Alto Cauca, durante los años 2017 a 2019. También es miembro de la movilización de mujeres negras por el cuidado de la vida y el territorio.
- Víctor Moreno es cofundador y director de la Asociación Comunitaria para el Desarrollo Integral (ASCODITA). También es cofundador y gerente de la empresa comunitaria Cooperativa Multiactiva Esfuerzo y futuro de Afrocolombianos (COMEFA). Excandidato a la alcaldía del municipio de Guachené. Fue consejero mayor de los Consejos Comunitarios del Norte del Cauca (ACONC), desde donde participó como delegado en la mesa de negociación de La Habana entre el Gobierno Santos y las FARC. Y lideró la construcción del Plan de Etnodesarrollo 2015 – 2035 del pueblo negro y afrocolombiano del Norte del Cauca.

El desarrollo de la investigación se ha ejecutado en tres fases. La primera fase la constituye el ejercicio de consulta de material bibliográfico, teórico, investigativo y normativo con el que se sitúa el problema y se definen los criterios de análisis para abordar el problema de estudio. En la segunda fase se ha diseñado y aplicado la entrevista con los tres dirigentes del PCN. La tercera se desarrolla en torno al proceso de sistematización y análisis de la información para establecer el proceso histórico del movimiento negro de Guachené, su configuración relacionada con el problema de la tierra, su participación en las jornadas de movilización en el 2013 y las perspectivas políticas y organizativas del mismo. Cada uno de estos componentes corresponde con los objetivos específicos que se establecieron para llevar a cabo el ejercicio investigativo, de manera que su operacionalización conduzca a la construcción histórica del problema abordado.

Capítulo I.
Problema agrario en Colombia e identidad negra

Breve caracterización histórica de la concentración de la tierra en Colombia

Caracterizar el problema agrario en Colombia requiere de un ejercicio riguroso, pues su naturaleza se encuentra estrechamente vinculada a los inicios de su vida republicana e incluso antes. Por tanto, lo que se expone a continuación no es más que un acercamiento superficial que permite identificar algunos rasgos generales del problema agrario y de la respuesta por parte de las comunidades rurales. No es un análisis a profundidad en la medida en que ello desborda las intenciones de esta investigación, es más bien un ejercicio de contextualización para entender parte de la naturaleza del problema que es de nuestro interés.

El problema agrario en Colombia es un asunto estructural, se ha configurado históricamente desde los procesos económicos generados en la colonia con base en las dinámicas de explotación de la tierra y control del comercio. Precisamente es sobre la lógica particular que adopta la corona española desde sus instituciones económicas que se instaura toda la economía basada en la organización señorial (Machado, 2009). En comparación con otros procesos de colonización a nivel global, por ejemplo, del caso inglés, los españoles se empeñaron en substraer las riquezas de las poblaciones y civilizaciones precolombinas, por lo cual desarrollaron un sistema fundamentado en la explotación a los indígenas caracterizado por relaciones serviles y de esclavitud para la producción. Todo este proceso de concentración de la economía con sus particulares dinámicas de dominación sobre los pobladores nativos y los esclavos comerciados se replicará con particulares modificaciones hasta el proceso de independencia e incluso más. Por tanto, toda la problemática que actualmente existe en torno a la concentración de la tierra y las formas de explotarla puede rastrearse desde las mismas dinámicas que se produjeron en la época colonial.

Entrado el siglo XIX, con los procesos de independencia en los países latinoamericanos, se genera un proceso de distribución de la tierra con motivo de la nueva vida republicana (Machado, 2009). Este proceso favoreció el auge de terratenientes en el territorio colombiano, quienes se apropiaron de las tierras generando un proceso de concentración cada vez más crítico. La forma en que esto sucedió está relacionada con la adjudicación de tierras sobre la figura de pago de deuda pública o veta de bonos. El Estado colombiano que durante gran parte de este siglo se encontró envuelto en diferentes disputas y guerras civiles, necesitaba recursos para sostener el conflicto, encontrando en la entrega de tierras una estrategia para favorecer, no sólo a los terratenientes emergentes, sino la intención de concentrar el poder por medio de la inyección de recursos para el sostenimiento de la guerra (Machado, 2009). Muchos de los militares que salían victoriosos de las batallas también se vieron beneficiados con la adjudicación de tierras por parte del Estado, lo que condujo a una concentración de la propiedad rural en los círculos de poder cercanos al control estatal.

Valga aclarar que, en el marco de este contexto, la concentración de la tierra se determinó entonces por dos factores principales, la adjudicación a grandes terratenientes que tenían la capacidad monetaria para adquirir pedazos de tierra significativos. Pero también el control de la tierra por procesos de despojo violento. De la mano de la guerra se presentó un proceso de desplazamiento de campesinos que, por la pérdida de sus posesiones, se vieron obligados a utilizar su fuerza de trabajo en condiciones de asalariados (Machado, 2009). Pero no sólo ello contribuyó en una pérdida sustancial de la figura clásica del campesino, en tanto labrador de su propia tierra, sino que generó las condiciones para que estas relaciones se tradujeran en dinámicas de dominación y servidumbre. El siglo XIX aparece entonces no como la promesa de libertad

asociada a la figura de una vida republicana, sino como la prolongación de las dinámicas de explotación sobre el campesinado y, en general las poblaciones rurales del país.

En la segunda década del siglo XX la descomposición del agro colombiano o, mejor aún, de las condiciones de existencia de los pequeños campesinos y jornaleros, se encuentra asociada al establecimiento de las grandes haciendas y plantaciones cafeteras. Es en la década de 1920 que se empiezan a presentar procesos violentos de desalojo de campesinos y jornaleros que llegaron como colonos a diferentes lugares del país. La concentración de la tierra como producto de la expansión de la economía cafetera se va a presentar desde 1927 y hasta 1950; según la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos (ANUC, 1973), esto permitió al Estado colombiano reacomodarse de cara al comercio global, irrumpiendo con el café como producto estelar, a la vez que las pequeñas economías campesinas se veían reducidas en la participación de la economía nacional. El café, como lo expone Machado (citado por Trujillo, 2014, p. 38), se presenta como la manifestación de un aparente crecimiento económico y desarrollo para el país, pero no funciona bajo dinámicas autónomas ni mucho menos neutras de beneficio para todo el campesinado; más bien es la expresión de una subordinación a la macroeconomía que buscaron instaurar las élites en el poder. Nuevamente se privilegia el beneficio de los grupos cercanos al poder a partir de dinámicas estructurales e históricas de concentración de la tierra, mientras que el campesino sigue siendo despojado de cualquier mínimo de subsistencia que le garantice un desarrollo más o menos óptimo en su quehacer como sujeto específico de la realidad colombiana.

Grosso modo, estas son las condiciones que han determinado un proceso de concentración de la tierra en el país hasta la primera mitad del siglo XX, siendo el campesino la eterna víctima por el despojo de sus tierras y la imposibilidad de retorno. No obstante, son también estas dinámicas las que han gestado procesos de resistencia entre las comunidades rurales, quienes

siempre han abogado por una reforma agraria que garantice que el crecimiento económico y el uso del suelo no sea un factor de privilegio para los grandes poderes en el país. Durante el siglo XX fueron varios los intentos de reforma agraria que, en teoría, buscaron subsanar un poco la brecha que existe en la ruralidad colombiana. La primera experiencia es la de la Ley 200 de 1936 impulsada por el entonces presidente Alfonso López Pumarejo (1934 – 1938); esta Ley buscó hacer frente a la Gran Depresión de 1929 reconociendo la importancia del sector agrario como motor para el sostenimiento y rescate de la economía. En el Gobierno del presidente Alfonso López Pumarejo (1942 – 1945) se trata de dar continuidad a esta reforma agraria con la Ley 10 de 1994, en esta nueva intentona se centra el asunto en el impulso a diferentes mecanismos de pago por la utilización de tierras para producir por parte de los colonos. Generalmente los pagos asociados se expresaron por medio de retribuciones en especies para los grandes dueños de la tierra.

Posteriormente, en pleno contexto del Frente Nacional, se impulsa un nuevo proyecto de reforma agraria, esta vez por el presidente Alberto Lleras Camargo (1958 – 1952). Al promulgar la Ley 135 de 1961 bajo el argumento de reducir la fuerte confrontación bipartidista que venía ya asociada a la época de La Violencia, Lleras pretendió acabar con la inequitativa posibilidad de acceder a la tierra para que los pequeños agricultores pudieran reactivar la producción rural. Sin embargo, sucedería todo lo contrario. Como complemento de la Ley 135 de 1961 se creó la Ley de Arrendatarios y Aparceros en 1968, con esta Ley se buscó reglamentar con mayor agilidad las unidades agrícolas familiares (Trujillo, 2014); no obstante, como plantea Prieto (2016), esta intentona de reforma agraria terminó por agudizar mucho más la concentración de la tierra. Mientras que se hablaba de redistribución en las regiones centrales del país, lo que se hizo fue intervenir la mediana propiedad y convertirla en pequeñas parcelas; en cambio, en las zonas ubicadas más hacia la frontera, se titularon terrenos baldíos que quedaron en manos de empresarios

y multinacionales. Particularmente las comunidades negras del suroccidente colombiano se vieron afectadas en tanto previo a la década de 1960 la idea de propiedad de la tierra en sus territorios era más un acuerdo comunitario, sin títulos legales ni nada parecido; en Cauca y Nariño el Estado otorgó licencias para actividades de monocultivo en detrimento de la economía campesina (Prieto, 2016). La reforma agraria de Lleras finalmente se tradujo en un ejercicio de reacomodación de títulos y tierras que agudizó mucho más la concentración.

El último intento de reforma agraria, según relata Trujillo (2014), se da durante el Gobierno del presidente Ernesto Samper Pizano (1994 – 1998), sin embargo, lo que allí realmente sucede es el reajuste del Estado colombiano para acomodarse al proceso de apertura económica que ya venía dese César Gaviria (1990 – 1994). Es decir, la estructura del campo se ajusta en función de la neoliberalización de la economía colombiana. Con este proceso se hace mucho más sencillo la adjudicación de tierras, facilitando la negociación de los predios sin ninguna intervención y casi sin regulación por parte del Estado. Fue la economía de mercado la que estableció las reglas para dinamizar esta nueva forma de concebir el campo colombiano, lo que nuevamente alejó a las comunidades rurales de una verdadera reforma agraria que desbaratara todas las dinámicas de

Frente a todo este proceso de concentración de la tierra, es obvio suponer que las comunidades rurales no han adoptado una posición puramente pasiva, es decir, no simplemente han aceptado su condición de explotación y marginalidad como destino y resignación. Por ejemplo, está la experiencia del Baluarte Rojo de Lomagrande, expresión organizativa conformada en el departamento de Córdoba y que abogó desde la década de 1920 por mejorar las condiciones laborales y alcanzar beneficios para los campesinos por medio de algún tipo de dominio de la tierra (Tahir, 2008). Para finales de la misma década, en 1928, la organización del campesinado ha madurado a tal punto que se logra constituir el Partido Agrario Nacional, el Partido Socialista y la

Unión Nacional Izquierdista Revolucionaria; cada uno de estos precedido claramente por un trabajo de base importante en las comunidades rurales del país. Posteriormente, como una intentona de frenar la reforma agraria promulgada por López Pumarejo (Ley 10 de 1944), desde 1942 se genera un proceso de confluencia entre indígenas y campesinos que, a partir de acciones colectivas de movilización buscaron que no se implementara esta ley que, en vez de descentralizar la propiedad de la tierra, agudizó las condiciones de exclusión en el campo (Tahir, 2008).

En la década de 1960, después de haberse disuelto la Confederación Campesina e Indígena, aparece la Federación Agraria Nacional, que en su momento recibió el apoyo de una parte del sector clerical y de la Unión de Trabajadores de Colombia (UTC). Esta Federación se convertiría en un referente de la época como escenario de confluencia para las comunidades rurales hasta la emergencia de la ANUC a finales de la misma década. Aunque esta aparece referenciada como un intento estatal de participación para la implementación de la reforma agraria, su devenir histórico generará un proceso de mutación que llevará a la ANUC a generar procesos de movilización en contra de las mismas dinámicas agrarias consecuentes de la reforma del entonces presidente Lleras Camargo (Tahir, 2008). Otro referente es el que se presenta en la década de 1980 con la Asociación Nacional de Mujeres Campesinas, Negras e Indígenas de Colombia, organización de comunidades rurales que se enfocó en la reivindicación del papel de la mujer y la activación de programas sociales para la ruralidad con enfoque de género. Entrada la década de 1990, la lucha de los campesinos se concentra efectivamente en la lucha contra el neoliberalismo y, posteriormente, el intervencionismo estadounidense apoyado en el Plan Colombia que afectó particularmente a los cultivadores de Coca y Amapola en el país.

Es importante mencionar que, paralelo a los procesos organizativos del campesinado, la organización guerrillera es otra de las formas que se han adaptado en las zonas rurales del país

como mecanismos de defensa y reivindicación de los territorios campesinos, indígenas y negros. Entender la complejidad del problema agrario implica reconocer la diversidad de actores que se han encontrado inmiscuidos en el conflicto por la tierra. De diversas posturas ideológicas, con diferentes formas de acción políticas y con distintas concepciones sobre la defensa del territorio la organización de las comunidades rurales se caracteriza precisamente por su pluralidad. Sin embargo, la reivindicación por el problema de la tierra siempre se ha concentrado en un entendimiento particular, el rechazo a la concentración en manos de pequeños empresarios y círculos cercanos a las clases dominantes del país.

En el siglo XXI también son protagonistas las disputas agrarias en todas sus manifestaciones. Considerando, como se mencionó ya, que el problema agrario es un problema estructural que se logra reproducir a lo largo de la historia, no está de más suponer que hoy las comunidades rurales se enfrentan a los mismos problemas -si no con un corte similar- al que se enfrentaron los campesinos. La concentración de la tierra sigue siendo el detonante de los conflictos agrarios, estos se desarrollan en dimensiones políticas, armadas y sociales y parecen no tener un cambio positivo en el futuro cercano. Sin embargo, la posición de los campesinos y su rol en la defensa del territorio siempre permite vislumbrar alguna posibilidad de transformación en las relaciones agrarias y en los usos del suelo. Precisamente el paro nacional agrario de 2013, puede entenderse como una manifestación del acumulado histórico de la lucha campesina y como una experiencia base para el desarrollo de escenarios similares en los próximos años.

Identidad y movimiento social negro

“La raza fue, a lo largo de los siglos, el origen de varias catástrofes, la causa de devastaciones psíquicas insólitas, así como de innombrables crímenes y masacres” es lo que denuncia Mbembe (2016) para acercarnos a la comprensión del racismo contemporáneo. A partir

de sus planteamientos se puede estructurar una idea sobre la identidad de las comunidades negras, permeada, por supuesto, por todo un proceso histórico de esclavitud, despojo y despersonalización. Bien es sabido que toda la opresión que han tenido que soportar las comunidades negras en diferentes lugares y momentos en el mundo se debe especialmente a la idea de la existencia de diferentes razas. Desde allí se ha tratado de argumentar lo imposible, una extraña diferenciación que le permite ser a unos, pero a otros no. Es precisamente sobre esta idea que parte la crítica de Mbembe, quien reconoce que argumentar cualquier tipo de segregación o en sí misma alguna idea sobre la raza es tener una "representación primaria" de las estructuras de la sociedad; hablar de razas sólo puede hacerse a través de un lenguaje imperfecto.

Sin embargo, el racismo y la esclavitud escapan a una mera representación del lenguaje. Son las estructuras históricas las que han establecido cualquier comportamiento y fenómeno asociado a la condición de opresión y segregación que hasta la actualidad afecta a las poblaciones negras. Para Mbembe este "vertiginoso ensamblaje" de lo que es el racismo contemporáneo corresponde con tres momentos que él caracteriza desde el siglo XV y hasta la actual sociedad neoliberal. El primer momento que caracteriza lo denomina como el despojo sucedido en el proceso de trata trasatlántica a partir del siglo XV y hasta el siglo XIX, que corresponde naturalmente con el proceso histórico de colonización. Esta etapa del vertiginoso ensamblaje de racismo contemporáneo se caracteriza por la cosificación de los pobladores africanos, hombres y mujeres que fueron despojados de su dignidad humana y se convirtieron en objetos y mercancías (Mbembe, 2016). Pasaron a pertenecer a otros que terminan por arrebatarles su nombre y la correspondencia con una identidad, pierden su lengua y su lenguaje para convertirse en víctimas de tratos crueles. A pesar de que siguen siendo individuos activos y se encuentran en el centro de las dinámicas socioeconómicas, pierden cualquier posibilidad de establecer alguna relación

esencialmente humana. La colonia y la esclavitud, se convierten pues en el primer despojo a la comunidad negra africana.

El segundo momento caracterizado por Mbembe es, hasta cierto punto, un rezago de esperanza y de libertad para las comunidades negras. Ubicada en los límites del siglo XVIII y en el alba del siglo XIX, se caracteriza por lo que el autor denomina ‘el nacimiento de la escritura’, momento en el cual los negros empiezan a seguir sus propias huellas y logran establecer un lenguaje común y propio que les permite reivindicarse como sujetos históricos y agentes de su contexto para alcanzar cierta libertad de ese proceso de cooptación histórica de sus identidades y de su dignidad. Naturalmente este segundo momento refiere, en su inicio, a las revueltas de esclavos en América Latina y al proceso de independencia en Haití en el año 1804. Sin embargo, va a perdurar, y no necesariamente bajo una armónica sensación de libertad, hasta finales del siglo XX cuando termina por fin el apartheid. Son casi dos siglos de revueltas y luchas por la abolición de la trata de esclavos y la descolonización de los territorios africanos; pero a pesar de los síntomas de libertad, las condiciones estructurales mantuvieron la segregación de los negros.

Valga mencionar que en este periodo de tiempo es cuando también se da en Colombia la proclamación de la libertad de los esclavos. Aunque ello sucede en 1821, no se presenta como un proceso automático de abolición de la esclavitud y de reconocimiento cabal de los derechos de los negros. Como plantea Zuluaga (2015), la ley que proclamó la liberta de los esclavos no necesariamente facilitó la autonomía de las familias negras en Colombia, pues en pleno contexto de la independencia colombiana sobre la corona española, algunos de los mimos que profesaban la libertad para los negros se ingeniaron diferentes maneras para reproducir su condición de esclavitud, siendo una de ellas, por ejemplo, la libertad sólo para los esclavos citadinos. Incluso,

para seguir privilegiándose de la esclavitud, muchos negros fueron vendidos a esclavistas en territorio peruano donde aún no se reglamentaba su abolición.

El tercer momento propuesto por Mbembe en torno al racismo contemporáneo es situado específicamente en la emergencia del neoliberalismo. Como sistema económico del capitalismo ha generado tal condición de sujeción de las personas a condiciones de explotación que el autor lo relaciona efectivamente con las dinámicas de explotación de la población negra en los momentos precedentes. Se cambia el yugo de las cadenas por el yugo del salario. Se mantiene el despojo, ya no sólo de las identidades, sino también de las condiciones materiales con que la población negra subsiste. No hay tierra que les pertenezca y se busca constantemente su desarraigo. El neoliberalismo condensa las condiciones de opresión y segregación sobre la base de supuestas libertades que, como en el ejemplo colombiano, dilatan las oportunidades de alcanzar unos mínimos para la dignidad de la existencia humana de los negros.

Ahora bien, siguiendo los planteamientos de Mbembe, importa revisar qué implicaciones tuvieron estos tres momentos en la significación e identidad de los negros. Para este autor, ello puede resumirse en tres elementos. El primero define que implicó un proceso de separación consigo mismo; se pierde la familiaridad con sus raíces, el negro se convierte en un “extranjero de sí mismo”. Su identidad se encuentra alienada a las consideraciones de los comerciantes de esclavos y de los esclavistas. Le resulta imposible reconocer su tradición, ser ante sí mismo, y esto lo lleva a configurar una alteridad que implica que el negro no se reconoce más.

El segundo elemento significativo y consecuente de la esclavitud, la colonia, el apartheid y el neoliberalismo es lo que Mbembe denomina la desapropiación, un proceso que, por un lado, es de características jurídicas, económicas y materiales en el que se despoja al negro de cualquier

posesión material. Ninguna garantía le asiste para determinar algún tipo de pertenencia que le permita subsistir en condiciones más o menos favorables. Esto conduce a que, además de desconocimiento propio de sí mismo (propuesto en el párrafo anterior), se genere una suerte de falsificación de su imagen por parte de los otros. Es decir, su figura es reducida y desembocaría en los que es el tercer elemento de su significación: el envilecimiento. Con este se reconoce que la condición de esclavitud y de servidumbre a la que ha sido sometido el negro lo ha envuelto en una situación de sufrimiento y de bajeza, que incluso puede declararse su muerte civil. No hay pues ningún tipo de reconocimiento de su dignidad y en cualquier lugar que habitare se encuentra siempre en el tormento del exilio (Mbembe, 2016).

Este acercamiento, casi de dimensiones ontológicas que plantea el filósofo camerunés, constituye una mirada de la condición del negro con base en los procesos históricos de su esclavitud y de cómo ello prefigura unos aspectos condicionantes de su identidad. La despersonalización a la que se enfrenta es el resultado de condiciones materiales e históricas específicas, pero también es el detonante que motiva cada uno de los procesos que pretenden la libertad y la determinación de unos mínimos innegociables de dignidad para su existencia. Es el empuje para el establecimiento de ese "nacimiento de la escritura", que implica recrear su identidad tras ser arrebatada desde el momento en el que la trata trasatlántica hizo del negro una moneda de cambio y anuló en él cualquier consideración de arraigo y reconocimiento durante tantos siglos.

Es precisamente esta mirada la que puede constituir el horizonte de reivindicaciones del movimiento negro en Colombia, pues es la que sustenta la necesidad de reafirmar una identidad sobre la base del principio de la autonomía, misma que fue arrebatada y que ha sido negada a partir de diferentes condiciones sociales, económicas y culturales específicas en la sociedad

contemporánea. Como lo propone Hernández (2014), esa búsqueda de la autonomía se encuentra profundamente relacionada con la connotación espiritual de su identidad, que se manifiesta en dimensiones como la religión, la estética, la cultura y el lenguaje, pero que apuntan, en su sentido más profundo, al vivir juntos, el vivir bien y el saber vivir como pilares de las reivindicaciones que atraviesan la defensa de sus territorios.

Bajo el marco de estas reflexiones, es preciso identificar el lugar de donde viene el proceso de organización de las comunidades negras en Colombia durante las últimas décadas. Por supuesto, esta es apenas una caracterización para situar el análisis con mayor profundidad en los resultados. Según Zuluaga (2015), uno de los primeros referentes de liderazgo negro durante mediados del siglo XX se relaciona con la adhesión que las comunidades de Chocó, Buenaventura y norte del Cauca tenían con los partidos políticos tradicionales Conservador y Liberal, especialmente al liberalismo. Fue un grupo de intelectuales formados en las universidades de las ciudades principales del país quienes lograron avanzar en una vida pública nacional, que aprovecharon para manifestar principalmente denuncias de discriminación. Es claro que, por la naturaleza de los partidos tradicionales, la discusión política sobre la condición de los negros no trascendía a los lugares de reivindicación que alcanzan en la actualidad o, incluso, en algún par de décadas posteriores.

Es durante la década de 1970 que, con la emergencia de los movimientos sociales que abogaban por mayores niveles de democratización y participación en el orden social colombiano, surgen las primeras intenciones de lo que será posteriormente la organización nacional de comunidades negras (Hernández, 2014). La necesidad de la apertura política que garantice, incluso, una reducción en las dinámicas del conflicto armado, permite la aparición de ideas que refresquen la configuración social y política del país bajo concepciones mucho más críticas

Zuluaga (2015) utiliza la categoría de constitución del sujeto étnico (o etnización) para determinar como se configura su proceso organizativo, reconociendo que la siguiente fase se puede ubicar a mediados de la década de 1980 en la que se constituyen asociaciones de campesinos negros en el curso del río Atrato. En esta etapa no son sólo las comunidades negras las que se aventuran en procesos organizativos, sino que otros grupos étnicos como los indígenas también han venido desarrollando un proceso que coincide especialmente con la defensa del territorio.

La siguiente etapa se relaciona directamente con la Constitución política de 1991. Bajo la misma intención de participar en las instancias democráticas para llevar las reivindicaciones sobre el derecho al territorio, se configura la Coordinadora de Comunidades Negras (CNN) como actor representativo en el proceso de participación de la Asamblea Nacional Constituyente. Posteriormente, con la promulgación de la Ley 70 de 1993, surge una nueva etapa organizativa con la conformación del Proceso de Comunidades Negras (PCN), movimiento de carácter nacional en el que confluyen diferentes procesos organizativos de base en territorios de comunidades negras. Por último, entrando el nuevo siglo se reconoce una suerte de recomposición en el PCN tras un proceso de eclosión que implicó reemplazar a la dirigencia del proceso por nuevos líderes en diferentes zonas (Zuluaga, 2015). Esta última etapa se caracteriza por la creciente proliferación de cultivos ilícitos en sus territorios y la aparición de actores armados irregulares.

En términos generales, las reivindicaciones de los diferentes procesos organizativos de las comunidades negras han girado en torno a la defensa colectiva del territorio; como se ha mencionado, este se asume como la posibilidad de recuperar la autonomía despojada a partir del proceso histórico de colonización y esclavitud. El territorio se constituye como un “espacio de vida” (Castillo, 2017) que representa profundamente los significados sociales e identitarios de los que depende el vivir bien de las comunidades negras. Los ríos, las playas, las fincas y las veredas

se convierten en el escenario para llevar a cabo cada una de las prácticas productivas y económicas, pero también místicas, culturales, religiosas, sociales y políticas. Para el PCN (2008) el territorio es el espacio vital "donde el hombre negro y la mujer negra desarrollan colectivamente su ser, en armonía con la naturaleza" (citado por Castillo, 2017, p. 212), y reivindicar su derecho se enmarca en los que los pueblos negros consideran un aspecto vital para su desarrollo.

De modo que asumir la identidad de las comunidades negras y su ejercicio político en torno al desarrollo de los movimientos sociales, implica reconocer la profunda carga histórica de despojo y alienación que ha concluido en un intento por arrebatar su identidad como sujetos sociales y políticos. Pero son estas mismas condiciones las que han motivado la búsqueda de su autonomía, recreando los rasgos de su identidad sobre la base del derecho al territorio.

Capítulo II.
Ingenios azucareros y resistencia de las comunidades negras

Guachené, como todo el norte del Cauca y gran parte del departamento del Valle del Cauca presentan una condición particular en torno a la tenencia de la tierra, la mayoría de hectáreas cultivadas están destinadas a la producción de caña de azúcar, generando problemas y conflictos de diferente naturaleza. Aunque su rastreo histórico puede situarse desde los primeros años de la colonia en el siglo XVI, es apenas hasta la mitad del siglo XX en que se va a consolidar toda una industria azucarera sustentada en el despojo de tierras y en la explotación de mano de obra negra. Amparados por el beneplácito de instituciones colombianas reguladoras del agro, pocas familias se han adueñado de extensas hectáreas y, en general, de la producción de caña de azúcar, cultivo que se impuso en detrimento de la pequeña agricultura de pan coger que históricamente se sembró en el territorio. Maíz, algodón, soya y yuca parecen ser recuerdos de la ilusión de vida en libertad

que muchos pobladores negros buscaron al asentarse en los territorios del norte del Cauca tras la abolición de la esclavitud.

Por la particularidad de ser un municipio creado en la historia reciente, las referencias de todo el proceso de consolidación de los ingenios azucareros en el territorio específico de Guachené son difíciles de detectar. No obstante, ello no implica que no se pueda realizar un ejercicio asociativo, en tanto el problema que han generado los ingenios azucareros no específico de este municipio, sino más bien de toda una zona geográfica que por distintas características ha sido centro de interés para los grandes empresarios azucareros (hoy también empresarios de biocombustibles). Por esta razón se advierte que el análisis histórico que se hace abarca también el devenir de este territorio vinculado a lo que se conoce como la zona geográfica del valle del río Cauca. Y aunque se caracterizan diferentes factores para comprender el problema de la tierra generado por los ingenios azucareros, naturalmente la concentración de la tierra y las prácticas de despojo asumen un rol protagonista en el análisis.

Dicho esto, el presente capítulo desarrolla un análisis histórico que permite comprender, desde diferentes características, la forma en que se consolidó toda una industria azucarera en esta región del suroccidente colombiano y cómo ello por supuesto afectó a los pobladores del hoy municipio de Guachené y, en general, a la población negra del norte del departamento de Cauca. Se entiende que este particular es el detonante de los múltiples conflictos sociales que se viven en el municipio y también de las intenciones de organización y movilización política de las comunidades negras. Por esta razón, también se aborda una caracterización de la organización de la comunidad en torno a organizaciones de base específicas configuradas desde un enfoque territorial y, por ende, con apuestas políticas vinculadas a su derecho a la tierra

Monocultivo de caña, concentración de la tierra y explotación al trabajador negro

El valle geográfico del río Cauca se ha consolidado, tras un proceso histórico específico, como el sector azucarero más importante de Colombia abarcando aproximadamente 47 municipios que van desde el norte del departamento de Cauca hasta el sur de Risaralda. Son aproximadamente 225.560 hectáreas cultivadas de caña de azúcar de las que se nutren los grandes ingenios azucareros como Manuelita, Riopaila, Incauca, Providencia, entre otros (Asocaña, 2019).

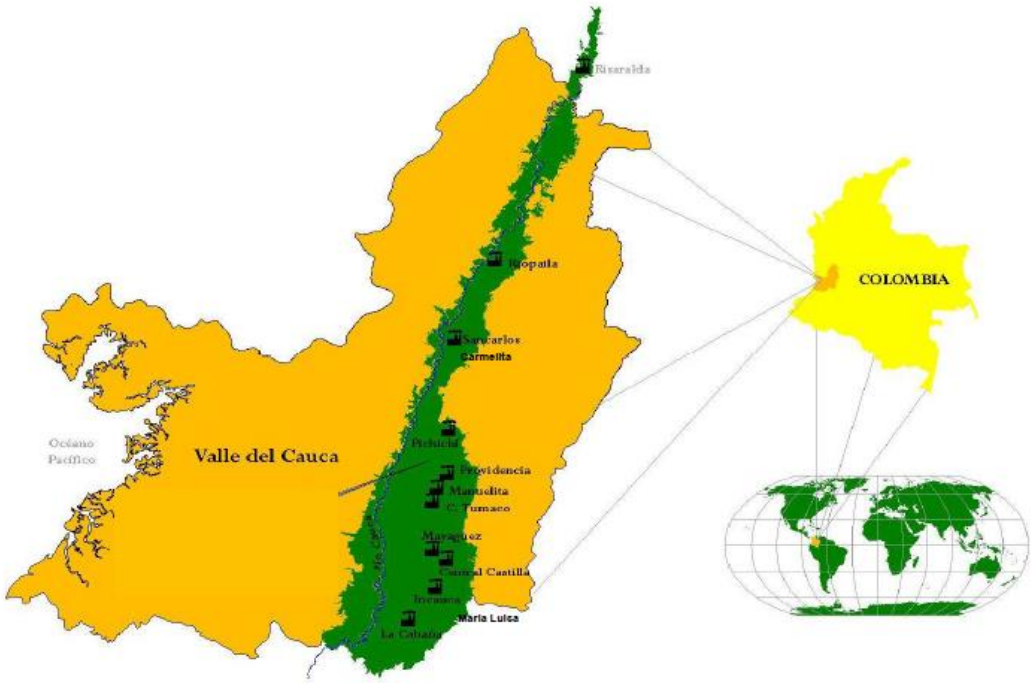

Imagen 1. Mapa de ingenios azucareros en el departamento del Valle del Cauca[1]. Fuente: Procaña (2013)

Precisamente para que en la actualidad la caña de azúcar sea un cultivo de tan alta referencia para esta región al sur occidente del país, se ha configurado todo un proceso histórico que da cuenta, no sólo del crecimiento de esta industria, sino también de la forma en que los territorios y

[1] Se referencia el departamento del Valle del Cauca porque es allí donde se encuentran ubicados la mayor parte de los ingenios azucareros del país. Naturalmente se entiende que Guachené, por su cercanía con este departamento, se ve afectado por las dinámicas regionales.

sus habitantes se han visto altamente afectados. La caña de azúcar llega a Colombia directamente por la ciudad de Cartagena en 1538 para que, apenas dos años después, en 1540 entrara al suroccidente colombiano por la región de Buenaventura (Sánchez, 2008). En principio fueron los indígenas quienes durante el siglo XVI se vieron forzados a explotar el jugo de caña bajo la figura de la encomienda; toda la economía vinculada a la caña de azúcar se beneficiaba del funcionamiento de los trapiches que naturalmente funcionaban por tracción animal o por tracción humana. Posteriormente, con la llegada de mano de obra esclava proveniente de África, las comunidades negras las que también se vieron obligadas a trabajar en estas encomiendas, en remplazo de la mano de obra indígena que desaparecía por las precarias condiciones en que desempeñaban sus funciones (Mondragón, 2007).

Aunque desde los primeros años del siglo XIX, mediante los procesos de independencia en América Latina, se promulgó la abolición de la esclavitud, sólo fue hasta el año 1851 que el régimen esclavista caducó. Los grandes hacendados del Cauca, que pactaron con Bolívar y su ejército en 1821 el apoyo a la causa patriótica, lograron burla lar abolición temprana de la esclavitud a partir de mecanismos como la liberación únicamente de los hijos de los esclavos, lo que prolongó este proceso hasta mediados del siglo (Mondragón, 2007). Sólo fue durante la guerra civil en 1851, tras ser derrotados las fuerzas de las élites caucanas, que la esclavitud llega a su fin; pero, en cambio, se adecúa un sistema de trabajo casi servil bajo la figura del *terraje*, un arriendo de la tierra pagado en especies por parte de los negros e indígenas del suroccidente colombiano. Naturalmente el terraje se va a configurar en fusión de los cultivos de caña y del uso de la fuerza de trabajo de negros e indígenas para molerla.

Durante casi tres siglos, hasta 1864, la tracción manual fue la encargada de la producción asociada a los cultivos de caña; es con la participación de Santiago Eder, estadounidense

empresario de la industria azucarera y fundador del Ingenio Manuelita, que se va a mecanizar la producción con maquinaria y herramientas (Sánchez, 2008), siendo este el punto de partida para la consolidación de la fuerte industria azucarera durante la última parte del siglo XIX y todo el siglo XX. La industrialización que dese entonces emerge de la mano de los cultivos de caña consolida lo que es hoy el moderno sector azucarero con sus dinámicas empresariales de concentración de la tierra y explotación del trabajo. Como lo plantean Vanegas y Rojas (2012), Santiago Eder representa el punto de partida de la conquista del valle geográfico del río Cauca por parte de las familias empresariales de la caña de azúcar. Toda la agroindustria desarrollada funcionará entones bajo una lógica señorial de herencia de familias como los Holguín, los Arboleda, los Cabal que, además de controlar las haciendas del Valle del Cauca y el Cauca, controlaban también las minas esclavistas en de Nariño, Cauca y Chocó (Mondragón, 2007; Sánchez, 2008).

Uno de los antecedentes que también va a permitir la consolidación de la agroindustria de caña de azúcar durante los primeros años del siglo XX en el norte del Cauca y el sur del Valle, fue el ferrocarril construido entre Cali y Buenaventura. Por múltiples presiones de inversionistas extranjeros, se buscó conectar esta región con un mercado internacional cada vez más demandante de recursos (Jaramillo, Londoño y Sánchez, 2015). Por supuesto, fue la prevalencia de los intereses de los grandes empresarios las que impulsó que el desarrollo regional estuviera vinculado a la producción de caña de azúcar y en detrimento de la pequeña economía campesina. Este proceso de modernización económica y en infraestructura afectó cualquier práctica de economía tradicional de la zona, pues cada vez los campesinos se vieron obligados a involucrarse en la economía azucarera. Cualquier concepto colaborativo de tierra y trabajo propio de los campesinos fue

suplantado por una economía de cultivos que resultaran atractivos para el mercado internacional, en este caso, la caña de azúcar.

Principios de la consolidación del monocultivo de caña en la zona geográfica del valle del río Cauca

En este contexto es importante hacer hincapié en la postura de Vanegas y Rojas (2012), integrantes del Observatorio de Territorios Étnicos, sobre los componentes específicos que han logrado el sostenimiento de la industria azucarera en esta región del suroccidente colombiano. Proponen que son cinco los procesos básicos que deben tomarse en consideración para entender todo el crecimiento asociado a esta industria. Apoyados en los desarrollos de otras fuentes históricas se hace un rastreo de la forma en que operan estos principios de la consolidación del cultivo de caña y las dinámicas que de allí desprenden, reconociendo que las condiciones particulares del siglo XX son las que dan lugar a un proceso económico cada vez más complejo y problemático vinculado al monocultivo de caña. Los cinco principios o componentes a los que refieren los integrantes del Observatorio de Territorios Étnicos son: condiciones geográficas, concentración de la tierra y conflictos de clase, la condición de explotación de mano de obra negra, el mercado internacional y la consolidación del sector gremial de la industria azucarera.

Imagen 2. Principios de la consolidación de la industria azucarera. Fuente: Vanegas y rojas (2012)

Condiciones geográficas de las zonas del valle del río Cauca

Particularmente Guachené es un municipio que se encuentra ubicado en alturas de alrededor de los 1.100 m.s.n.m. con pendientes que varían entre 0% y 7%. En el año se presentan épocas secas y húmedas con una precipitación perteneciente a la formación de bosque seco tropical que está comprendida entre 1.000 y 1.200 mm por año; la humedad relativa es favorable para la siembra de cultivo de caña de azúcar y otros como el maíz, el sorgo, la soya, la yuca y algunos cultivos frutales. Ahora bien, en términos generales del valle geográfico del río Cauca, sus suelos se caracterizan por su alta fertilidad y riqueza, siendo esto consecuencia de los diferentes procesos de intervención humana que se han traducido en la reducción de la saturación del agua. Su nivel freático se debe entonces al descenso de las zonas inundables y pantanosas que son altamente favorables para la extensión de los cultivos de caña. Una de las principales influencias en la historia reciente fue la instalación de la represa La Salvajina en el municipio de Suárez que disminuyó el caudal del río Cauca y la posibilidad desbordamiento del río en épocas de lluvia, reduciendo con cierta relatividad las inundaciones de cultivos (Vanegas y Rojas, 2012).

La instalación del conglomerado de empresas vinculadas a la industria de la caña de azúcar, como se mencionó, también tiene una relación con la cercanía al puerto de Buenaventura, lugar por el que comercializan todos los productos de la caña a costos que resultan beneficiosos para los grandes empresarios. Pero también, como se verá en líneas posteriores, la configuración histórica de los territorios de la zona aporta precisamente en la posibilidad de obtener mano de obra no calificada para las duras labores de corte y alca en los cultivos de caña (Vanegas y Rojas, 2012). La extensión de las grandes haciendas constituye también un aspecto propio del componente geográfico, que está determinado, entre otras, por los beneficios que, particularmente, la reforma agraria del expresidente Carlos Lleras concedió en la titulación de grandes terrenos a empresarios en las zonas de suroccidente colombiano (Prieto, 2016). En cualquier caso, la apropiación de estas tierras se produjo bajo la dinámica de despojo a los campesinos, implementando diferentes estrategias para este cometido.

Concentración de la tierra, despojo y monocultivo de caña

En el capítulo anterior se ha hecho eco ya de cómo el problema de la tierra resulta central en la configuración histórica del país, en sus conflictos y en el tipo de desarrollo alcanzado. Por supuesto, en el caso de la industria azucarera el componente central es el problema de la concentración de la tierra y la forma en que un grupo particular de familias ha logrado hacerse con vastas extensiones en el norte del Cauca y en el departamento del Valle. Desde las épocas coloniales la estructura de la tenencia de la tierra a beneficiado a los grandes propietarios; bajo diferentes modalidades, como la hacienda ganadera, la hacienda tradicional y, para nuestro caso, la hacienda cañera, el rasgo constante de los departamentos del Cauca y del Valle del Cauca es la gran propiedad (Vanegas y Rojas, 2012), al igual que en el resto del país.

Uno de los recurrentes históricos en los procesos de concentración de la tierra es el uso de la violencia en cualquiera de sus formas; la violencia física, la violencia simbólica, la violencia jurídica y, en general, cualquier tipo de violencia que siempre tiene como principal afectado al pequeño productor y campesino en las zonas rurales del país. Mateo Mina (2011)[2] reconoce, por ejemplo, que la violencia en el valle del río Cauca fue un animal con muchas cabezas. "Pudo tener muchas causas y muchos efectos. Pero, sobre todo, en el norte del Cauca, por lo menos, su efecto histórico fue despoblar la tierra y forzar al campesino a trabajar como jornalero para el gran terrateniente" (Mina, 2011, p. 99). Al campesino y, en general, a las comunidades negras e indígenas de la zona geográfica del valle del río Cauca no sólo se les despojó de sus tierras por medio de diferentes mecanismos institucionales y para institucionales, sino que también se les arrebató la forma de relacionamiento social y de relación productiva que, incluso, lograron desarrollar con posterioridad a la abolición de la esclavitud. Por tradición, las comunidades negras se dedicaban al cultivo de cacao, pero el proceso agroindustrial terminó por desplazar a los campesinos, sacándolos de sus fincas y convirtiéndolos en obreros explotados de los ingenios azucareros.

A mediados del siglo XX, casi hacia la década de 1950, la producción de cacao del país estaba determinada por los cultivos que las comunidades caucanas desarrollaban en sus territorios, especialmente en el norte del departamento. Por tanto, las cifras nacionales de su producción en aquella época, eran prácticamente las mismas que las cifras de los cultivos del norte del Cauca. A partir del año 1950 se empieza a presentar una baja considerable en la producción nacional del

[2] Mateo Mina es un seudónimo utilizado por al antropólogo australiano Michael Taussig, quien en la década de 1970 elabora uno de los estudios historiográficos más completos y reconocidos sobre los procesos de esclavitud en el norte del Cauca y la relación con los cultivos de caña. Por el contexto violento en el que produce su obra, *Esclavitud y libertad en el valle del río Cauca*, decide publicarla con el nombre de Mateo Mina. Por reconocimiento a su labor las citas y referencias bibliográficas se utilizarán bajo su seudónimo.

cacao; desde entonces bastaron apenas ocho años para que la cantidad producida se redujera en una sexta parte, es decir, entre 1950 y 1958 la producción de cacao se redujo en casi un 85% (Mina, 2011). Lo particular de este acontecimiento es que coincide precisamente con la instalación de los grandes ingenios azucareros y su expansión en la zona geográfica del valle del río Cauca. Mientras más se proyectaba la agroindustria de la caña, menos oportunidades parecían tener los pequeños campesinos y las comunidades negras para el desarrollo de su economía.

El relato oficial que se manejó durante la época para explicar la reducción en los cultivos del cacao se concentró en supuestas plagas que afectaban exclusivamente la planta del cacao (Jaramillo, et al., 2015: Mina, 2011). No obstante, todo ello fue sólo una opción para acomodar y enmascarar el verdadero acontecer en el territorio y los privilegios que desde el mismo Estado se ofrecía a los grandes empresarios de caña de azúcar para que su producción fuera la protagonista de la economía en la región. En su investigación Mina (2011) relata que las comunidades negras de estos territorios podían asegurar que la enfermedad de las plantas de cacao fue provocada por los dueños de ingenios locales; para la época allí se tenían también grandes extensiones de cultivo de arroz que igualmente eran monitoreados con control de plagas por medio de fumigaciones desde avionetas. Posiblemente, de menara intencionada, los pilotos de las avionetas terminaban roseando el veneno a los cultivos de las fincas de los campesinos que rodeaban los grandes ingenios, generando así la muerte de árboles de sombra y plantas de cacao.

Esta práctica puede constituirse como una de las primeras relacionadas con las lógicas de despojo a que se han tenido que enfrentar históricamente las comunidades del norte del Cauca. Y a diferencia de como el gobierno de entonces quiso hacer parecer, la extensión de los cultivos de caña en el norte del Cauca no corresponde de manera exclusiva con una herencia de las haciendas ganaderas que existían desde la época de la colonia española. Más bien, pueden detectarse algunos

síntomas de la forma en que la expansión de los ingenios y el despojo de los campesinos fue una práctica deliberada de algunos sectores con gran incidencia en las instancias de poder. Aunque, en efecto, puede hallarse una relación histórica entre las haciendas ganaderas y la expansión del monocultivo de caña, este acontecimiento es propio del departamento del Valle; más en el norte del departamento del Cauca, la expansión de los ingenios azucareros se hizo sobre la base del despojo de fincas a campesinos, indígenas y comunidades negras del territorio (Mina, 2011).

Incluso, entre algunos de los pobladores, en épocas más recientes, es posible detectar la prevalencia de lo que Jaramillo et al. (2015) denominan como *memorias del despojo*. Reconocen los pobladores la utilidad que para los grandes ingenios azucareros tuvo el herbicida rociado por las avionetas como "veneno silencioso" que provocó el despojo de gran cantidad de fincas durante la expansión de los monocultivos de caña. En el caso específico de este tipo de cultivo, las aspersiones aéreas no sólo se utilizan para el control de plagas, sino también para acelerar el proceso de maduración de la caña; a la vez, afectan grandes cantidades de cosechas y, por supuesto, la salud de los habitantes. Y a ello, se debe sumar, la llegada de patógenos que reducen drásticamente la producción de los cultivos de pan coger; patógenos como la monilia, el chinche y la escoba de bruja, como consecuencia de una práctica deliberada de afección al cultivo campesino, fueron agentes silenciosos del despojo de las fincas y, posteriormente, del trabajo de los campesinos.

De este modo, desde la década de 1950 se puede rastrear una práctica consistente en despojar a las comunidades del norte del Cauca y del Valle de Cauca de sus tierras y de sus ocupaciones. Y, aunque efectivamente no corresponde con una práctica de violencia directa o violencia física, sí se detectan mecanismos que violentan los derechos del campesinado en su conjunto, quienes no tiene más opción que vincularse a las dinámicas del cultivo de caña y

contribuir al enriquecimiento de las familias que están detrás del negocio. Incluso, la presión por el despojo a los campesinos llegó a un punto en el que utilizar la tierra para otro tipo de cultivos resultaba casi insostenible. Los ingenios azucareros ofertaron comprar o arrendar la tierra de los campesinos para la producción exclusiva de caña; y allí fue clave y culpable la Caja Agraria con su participación (Jaramillo, et al., 2015). La presión que el hoy Banco Agrario ejerció, se concentró en el cobro de los préstamos previamente realizados a los campesinos para aumentar los niveles de productividad en sus tierras; ante la crítica situación a la que se enfrentaban sus cultivos, estos no tuvieron otra opción que adoptar las prácticas que impusieron los ingenios azucareros, e incluso legitimarlas.

> Le hicieron creer a la gente que los cultivos transitorios eran más rentables que los permanentes y que debido a ello era deseable tumbar las fincas y diversificar las parcelas con sembrados temporales, lo que duplicaría sus dividendos. Mal asesorados por entidades como el Instituto Colombiano Agropecuario (ica), el Centro de Internacional de Agricultura Tropical (ciat), y el Centro de Investigaciones Multidisciplinarias para el desarrollo (Cimber), no resistieron a esa tentación e hicieron el experimento. La mayoría de ellos solicitó préstamos de la Caja Agraria para sembrar fríjol, soya, maíz o tomate; sin embargo, los resultados no fueron los esperados. Al endeudarse con entidades crediticias y no tener fondos para pagar, debieron hipotecar, vender o arrendar a precios insignificantes. (Grupo Semillas, citado por Jaramillo, et al., 2015, p. 34)

Otro de los factores que jugó en favor de los grandes ingenios azucareros y gracias al cual también lograron el proceso de expropiación de tierras, fue la ausencia de titulación que las comunidades de la zona geográfica del valle del río Cauca presentaban sobre sus fincas. Especialmente, en el seno de las comunidades negras que habían logrado su libertad de las haciendas esclavistas, el concepto de propiedad no se vinculaba a una idea jurídica, sino de trabajo sobre la tierra. Tras el proceso de libertad de las comunidades negras desde principios del siglo

XIX, muchos decidieron asentarse en diferentes territorios del suroccidente colombiano a partir de una división territorial pactada entre pueblos, que bien podía ser por marcas en los árboles o por acuerdos de palabra (Prieto, 2016). Es hasta mediados del siglo XX, a partir de la década de 1950, que el proceso de titulación oficial por parte del Estado va a reducir efectivamente las tierras de las comunidades negras, pues muchos terratenientes y empresarios hicieron uso de presiones leguleyas para apropiarse de tierras y fincas de la tradición de las comunidades negras (Jaramillo, et al., 2015).

Otro elemento histórico que entra en juego para la apropiación de tierras y del trabajo de las comunidades negras por parte de los grandes ingenios azucareros, es el contexto de La Violencia. Finalizando la década de 1940 y durante la década de 1950 el país se vio envuelto en una dinámica aguda de conflicto caracterizado por la contradicción en el ideario bipartidista. La violencia que se presentó en las zonas rurales dejó generó desplazamiento de millones de campesinos y la pérdida de más de 300.000 según indica Mondragón (2007) en su investigación. Este acontecer se convirtió en la oportunidad para consolidar el oligopolio del mercado azucarero; en la zona geográfica del valle del río Cauca se perdieron casi 100.000 fincas, según indican los mismos datos (Mondragón, 2007), aunque se advierte que el principal beneficio, más que la eventual adquisición o despojo de tierras por parte de los ingenios, fue la concentración de mano de obra que buscó subsistir por cualquier medio. Además de los tradicionales ingenios azucareros Manuelita, Riopaila y Providencia, algunos emergentes se vieron beneficiados de este contexto de violencia, como el ingenio Pichichi de la familia de la actual senadora por el Dentro Democrático María Fernanda Cabal y también el ingenio Sancarlos de la familia de los Sarmiento, muchos de ellos vinculados al partido conservador.

Como consecuencia de la expansión del cultivo de caña y la concentración de la tierra, se rompieron los vínculos tradicionales de las comunidades negras con el territorio en torno a prácticas de cultivo autónomas. La llegada de los ingenios azucareros fracturó las territorialidades que emergieron como parte de los procesos históricos de emancipación y libertad de la esclavitud. Cualquier tipo de presión que desencadenó en despojo de tierras y de fuerza de trabajo buscó imponer una racionalidad capitalista que redujo a la 'improductividad' cualquier otra práctica agrícola que no fuera la del cultivo de caña (Ayala, 2019). Al respecto, resultan bastante ilustrativos los cambios de la distribución de la tierra entre los años 1933 y 1967 referenciados en la investigación de Mateo Mina (2011). Si bien son datos de referencia de catastro del municipio de Puerto Tejada (norte de Cauca) sirven de referencia para entender el fenómeno que se presentó a mediados del siglo XX en torno a los ingenios azucareros del valle del río Cauca. En estos se evidencia cómo desde 1933 disminuye la tenencia de la tierra en manos campesinas, quienes para entonces tenían parcelas de entre 5 y 10 plazas (una plaza equivale a dos tercios de hectárea) y para el año 1967 tienen a penas menos de dos plazas, mientras que los grandes ingenios tienen más de 20 plazas para la misma época.

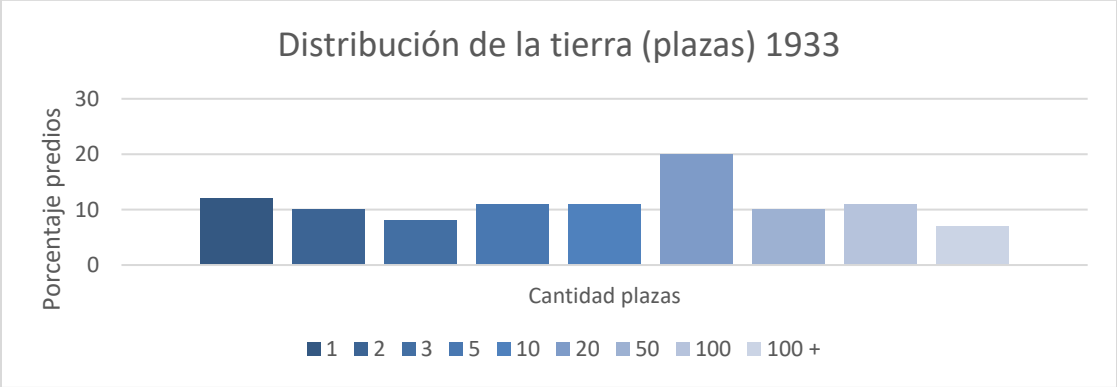

Imagen 3. Distribución de la tierra municipio Puerto Tejada, norte de Cauca, año 1933. Fuente: Mina (2011)

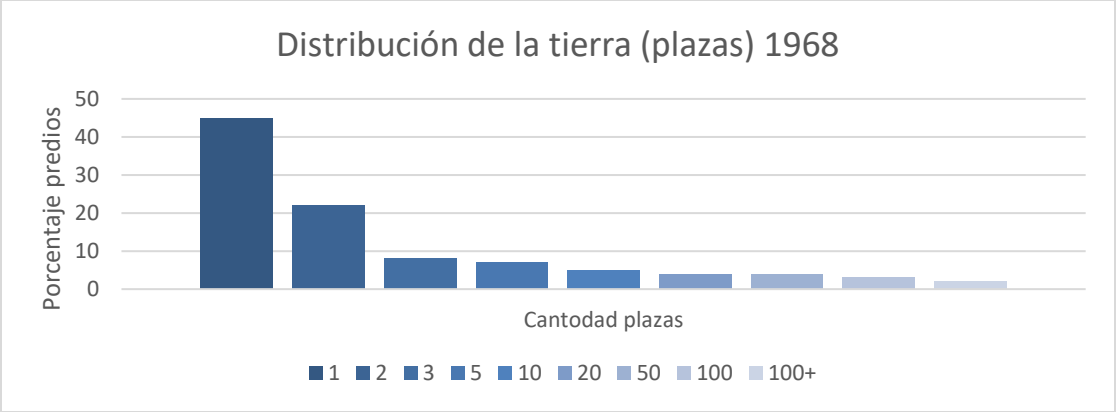

Imagen 4. Distribución de la tierra municipio Puerto Tejada, norte de Cauca, año 1968. Fuente: Mina (2011)

De modo que, en efecto, las diferentes prácticas y estrategias implementadas para la expansión de los ingenios azucareros, terminaron por condicionar el derecho del acceso a la tierra de las comunidades tradicionales que se fueron asentando en el norte del Cauca. La tierra de la que disponía para trabajar en sus cultivos autónomos cada vez fue reduciéndose más, a la vez que se concentraba cada vez en menos familias. Los conflictos de clase se hacen evidentes con lo incompatible de la unidad de producción campesina y el latifundio para el cultivo de caña. La pequeña economía campesina pocas opciones de desarrollo tenía en comparación con la gran hacienda azucarera; y, como se evidenció, prevaleció el interés de los empresarios por encima del beneficio de las comunidades. Incluso, los grandes ingenios prosperaron usufructuando el trabajo y las pequeñas propiedades de campesinos y comunidades negras que las arrendaban con la intención de obtener algún tipo de ingreso (Vanegas y Rojas, 2012).

El desplazamiento de campesinos y de las comunidades negras del norte de Cauca se contrapuso a la tradición de los asentamientos ocupados por esclavos negros, cimarrones y fugitivos que optaron finalmente por vivir de la agricultura tras el fin de la esclavitud. Fueron relegados a vivir en un rincón de los territorios que durante siglos han trabajado con sus propias manos. La mejor tierra fue ocupada por los ingenios azucareros, a lo que se suma un agravante del

problema, y es que mucha de su producción no es para un ejercicio alimentario, sino para la producción de biocombustible (Mena, 2015). Por tanto, se les despojó a las comunidades negras incluso de la posibilidad de relacionarse con la tierra desde un vínculo de vida.

Explotación de mano de obra

Por supuesto que las condiciones de trabajo ofrecidas a las comunidades negras se inscribieron igualmente bajo las mismas dinámicas de acumulación capitalista, esto es, relaciones de producción basadas en la sobreexplotación y en el desconocimiento de las garantías laborales. A pesar de las diferentes jornadas de protesta que muchos trabajadores de los ingenios azucareros han promovido durante el siglo XX, siempre los empresarios han encontrado la forma de evadir responsabilidades y han establecido mecanismos de vinculación que no requieren una relación directa entre trabajadores y propietarios de los ingenios (Vanegas y Rojas, 2012).

El trabajo de los corteros de caña se ha visto condicionado al pago de salarios reducidos a partir del uso de figuras mediadoras como los contratistas, principalmente en el trabajo de la tierra de las fincas alquiladas por parte de los ingenios. Esta figura se remonta al contacto entre los ingenios azucareros y grandes terratenientes a quienes usaban como proveedores para suplir la demanda de caña. Fue una estrategia de descentralización de la tierra y la fuerza de trabajo que libró de múltiples responsabilidades a los grandes empresarios, pero, asimismo, los llenó de beneficios y riquezas. A este proceso de relación laboral y productiva ASOCAÑA la denominó como el cambio del sistema vertical por el sistema horizontal (Mina, 2011); sobre la figura del contrato entre los ingenios y el terrateniente, este último se comprometía con la producción de caña a partir de la vinculación de jornaleros con ningún tipo de garantía laboral, un proceso de tercerización propio del capitalismo moderno.

A este tipo de trabajadores se les denominó, entre muchos nombres, ‘iguazos’, siendo este el más reconocido. Por las características de su vínculo laboral, el iguazo y la iguaza no tenían ningún tipo de garantía en el orden asociativo o sindical, por lo cual, los grandes ingenios lograron librarse de las huelgas de trabajadores que tanto afectaban la producción de caña. De igual manera, el tipo de remuneración recibida es mucho más reducido que el de un trabajador formalmente afiliado al ingenio. Resulta particular, como relata Mateo Mina, que en algunas ocasiones los contratistas ni siquiera eran terratenientes, incluso eran igualmente pobladores negros pobres a quienes los mismos jornaleros consideraban semejantes y, por tanto, no creían poder exigirles ningún tipo de garantía laboral. Sin embargo, el sistema de remuneración que recibían los contratistas podía resultarles bastante atractivo, en tanto generalmente obtenían hasta el 100% de lo que se le pagaba a cada iguazo. El valor del jornal que se le entregaba al trabajador era el mismo que recibía el contratista por cada jornalero; además, recibía casi tres veces más de lo que se le pagaba a un trabajador por bulto recogido. Tanto hombres como mujeres eran igualmente explotados, mientras las mujeres se encargaban de la siembra y limpieza de la caña, el hombre trabajaba en el corte y alza de la misma. Así relata un día de jornal Mateo Mina:

> La movilización de los jornaleros y jornaleras conmueve y asombra. Antes del amanecer, hombres y mujeres cruzan el monte por los senderos que llevan a los caminos principales, frotándose los ojos para desterrar el sueño. Con sus envueltos de arroz frío y sus botellas de agua sucia para tomar durante el día, se juntan en grupos desordenados a los costados de los caminos y de los cruces, en las afueras de los pueblos, con la esperanza de que haya sitio para ellos en los camiones o en los vagones que luego vendrán en la hacienda o del ingenio. En el pueblo, cuando los gallos están cantando en la semioscuridad que separa el marcado perfil de la cordillera del cielo que aclara, cientos de personas se aglomeran harapientas buscando el calor protector de los otros cuerpos. Hasta que el sol aparece por la cordillera y los convierte en arrollos (sic) de sudor salado, mientras trabajan en los campos sin sombra.

> Los que trabajan para los ingenios reciben cada uno un número. Sus nombres y sus personalidades son olvidadas y borradas cuando toman su lugar como máquinas humanas, como partes de la gigantesca maquinaria que convierte la tierra en caña, esa caña que luego aparece como azúcar en la mesa de los ricos de Cali, Bogotá, una ciudad o un pueblo de los Estados Unidos. ¡El número 35 que venga! ¡El número 42 que vaya! ¡Número 14, váyase! Cada trabajador marca su número en las estacas que clavan en la tierra cerca de la caña que cortan. Ya no son personas sino bestias de carga numeradas, como presos en una cárcel. Son los números que aparecerán en los libros de cuentas de la empresa y en sus sobres de salarios. Número, dinero, cuentas, porcentajes, utilidades; el lenguaje frío y calculador de la economía capitalista que atribuye a una persona una determinada cantidad de fuerza muscular, que a su vez permita hablar de unidades aritméticas de fuerza laboral (2011, pp. 139,140)

Su relato incluso es desgarrador. Parecen ser los ingenios azucareros los nuevos grilletes de las cadenas de los pobladores negros en el norte del Cauca. Ni habiendo lugar para su libertad los empresarios de la caña la permiten. El proceso de concentración de la tierra en la industria capitalista viene acompañado siempre de la deshumanización del obrero. Sin embargo, algunas referencias históricas dan cuenta de huelas y victorias para los trabajadores de caña, en enero de 1966 en el ingenio azucarero El Arado, 250 cortadores de caña lograron hacerse con las instalaciones y ponerla a funcionar bajo su responsabilidad, demostrando que las utilidades del cultivo de caña podían alcanzar para cubrir responsablemente el sueldo de los trabajadores y sus garantías (Mondragón, 2007). Durante la década de 1970, tres huelgas más tuvieron lugar en el ingenio Riopaila, y allí, algunos acuerdos significaron un nuevo momento de victoria para los trabajadores, pero naturalmente serían desconocidos e incumplidos por los empresarios.

Mercado azucarero y demanda internacional

Otro de los aspectos que permite la consolidación de los ingenios azucareros en la zona geográfica del valle del río Cuaca se enmarca precisamente en el contexto internacional. El proceso de modernización de la industria azucarera en la década de 1920 puede ubicarse como antecedente, entre 1927 y 1929 se inauguró el fluido eléctrico en las instalaciones de ingenios azucareros en la región para dotar de la potencialidad de las máquinas a todo el proceso productivo. Esta se convertiría en la norma de funcionamiento para generar un proceso mucho más eficiente, llevando a un proceso paulatino de modernización en infraestructura que desembocará en 1952 con la instalación de la primer planta refinadora de azúcar (Sánchez, 2008). De este modo la agroindustria de la caña se consolida y proyecta como una de gran importancia para la incursión del país en el mercado colombiano.

Con este nivel de preparación de la industria azucarera aparece el primer acontecimiento que pone a prueba la capacidad de producción de los ingenios de la región. El aumento de la cuota azucarera colombiana para el mercado global está altamente influenciado por el proceso de la Revolución Cubana. El país caribeño que es uno de los principales productores de azúcar en el mundo estrechará sus vínculos con la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, generando un ambiente de incertidumbre y desconfianza por parte de los Estados unidos. Su alineación con el bloque soviético significa cada vez más la pérdida del romanticismo que muchos estadounidenses depositaron en el proceso revolucionario, obligándolos a establecer vínculos comerciales que subsanaran el ahora ausente comercio de azúcar (Vanegas y Rojas, 2012). De manera que va a ser Colombia quien asuma parte de esa nueva demanda en el mercado del azúcar, lo que generó algún cambio en las perspectivas políticas y económicas de los gobernantes que empezarán a privilegiar, como ya se ha mencionado, la titulación de tierras a grandes hacendados y empresarios para la

producción de caña de azúcar. En ese momento, otros cultivos fueron desplazados generando pérdidas para las familias campesinas que se dedicaban a la producción de algodón, maíz, soya fríjol.

En parte, este proceso modernizador de la industria y la incursión cada vez más fuerte de la azúcar (también el biocombustible) colombiana en el mercado internacional, contribuyen en la consolidación y expansión del monocultivo de caña en la región. El siglo XX se caracteriza por permitir la industrialización en la producción de caña, además amparada por factores internos y externos que se convertían en prenda de garantía para que este proceso llegara a buen término. La implementación de normas proteccionistas, la crisis económica internacional a finales de la década de 1920 y las dos guerras mundiales influyeron en el fortalecimiento de la industria azucarera (Mondragón, 2007). Cade vez se fueron creando más ingenios azucareros, siendo la región del suroccidente colombiano una de las zonas privilegiadas para este tipo de proyectos, también por las características de los suelos.

Consolidación gremial

Fue un sector empresarial cohesionado con alta influencia en la política nacional el que obró para que la industria azucarera y los diferentes ingenios lograran la posición que alcanzaron durante el siglo XX. A finales del siglo eran cuatro familias las que controlaban 12 de los mas importantes ingenios azucareros, esto es, un poco más del 75% de la producción y del mercado. La familia Caicedo con un30%, la familia Eder con un 24%, la familia Cabal con un 17,8% y la familia Garcés con un 4,5% (Mondragón, 2007). Su influencia en la política colombiana se manifiesta en las diferentes normatividades que dieron paso a la consolidación de la industria azucarera incluso en la actualidad. Desde la 1993, con la promoción de la Ley 101, el sector

agropecuario cuenta con las conocidas contribuciones parafiscales que permiten una estabilización de los precios. Esta Ley también se apoya en el Decreto 569 de año 2000 con la que se garantiza que la venta de productos agropecuarios, tanto en el mercado nacional como en el internacional se mantenga estable, siendo la industria del azúcar una de las principales beneficiadas (Vanegas y Rojas, 2012).

Hoy por hoy, todas las estrategias implementadas para que la legislación les resultara favorable cobra mayor sentido en tanto se diversificó y consolidó también la producción de agrocombustibles extraídos de la caña. El etanol, alcohol carburante, se produce principalmente en los ingenios Cauca, Manuelita y Mayagüez, ubicados en la región del norte del Cauca y del valle del río Cauca. Igualmente, los beneficios se mantienen en torno a la propiedad de la tierra y el aporte de subsidios por parte del Estado como eterno protector de la economía del sector capitalista y latifundista del país.

Las consecuencias de su consolidación y del proyecto industrial que representan no está de más nombrarlas. Desde una mirada ecosistémica, por ejemplo, se detecta la disrupción que este tipo de monocultivos genera en el entorno; por su carácter artificial transgrede la armonía ambiental y territorial que durante tantos años fue prevalente en los territorios en que se cultivaban todo tipo de alimentos. Esto también se agudiza por la extensión basta de los monocultivos que no permiten determinar el tipo de agricultura y vegetación propio de cada zona atravesada por las haciendas de caña (Ayala, 2019). Todo ello se traduce en la ausencia de intercambios biológicos que se presentan naturalmente en las zonas rurales; el tránsito de especies y el intercambio ecosistémico se interrumpe por el capricho de una industria resuelta a expropiar cualquier recurso en el territorio nortecaucano.

Por supuesto, la vida en sociedad se ve altamente afectada. La pobreza, la desnutrición y el abandono se convierte en características de los territorios colindantes a los ingenios azucareros. Esto se traduce en la aparición de enfermedades crónicas que pudieran ser atendidas por un Estado garante de derechos: parásitos intestinales, diarrea sangrienta, bronquitis y neumonía son algunos de los padecimientos detectados por Mina (2011), quien también hace un estudio comparativo de los pesos de los niños del norte del Cauca y niños con pesos 'normales', estableciendo que uno de cada tres niño sufre de desnutrición en primer grado y el 6% de los niños sufre desnutrición en tercer grado. Todo ello se debe a la pobreza inducida a la que han sido sometidas las comunidades negras tras un largo y lento proceso de despojo. La economía campesina ha sido sustituida obligatoriamente por una economía de comercio voraz en el que nunca sale beneficiado el campesino. Las herramientas utilizadas ya no son las propias sino las que dispone el contratista o el ingenio en el mejor de los casos. En general, la consolidación de las familias dueñas de los ingenios significa el empobrecimiento de las comunidades, pero es allí donde precisamente emerge la herencia rebelde del pueblo negro y se levanta para transformar las condiciones que aún hoy le son violentas. Un folleto escrito por campesinos de una vereda en el norte del Cauca el año 1971 da cuenta de la consistencia de sus aspiraciones y de las luchas que hoy abanderan nuevas generaciones.

> "Somos solidarios con nuestros compañeros campesinos de todas las regiones marginadas, principalmente por el sistema de tierras aquí en el norte del Cauca.
>
> Nosotros los campesinos de 'X' y otras regiones aledañas nos decidimos a tomar la forma estratégica para que así se cambie la forma del sistema de la tierra.
>
> Que sin tierra donde sembrar no podemos aceptar ningún préstamo, ¿de qué nos sirve?
>
> Que sin tierra no podemos pensar en el buen futuro de nosotros y nuestras familias.

> Que la tierra es el único elemento que tenemos para nuestra subsistencia, teniendo en cuenta que nosotros, la mayor parte de los campesinos, no sabemos otra cosa que labrar la tierra.
>
> Que sin tierra no hay salud, no hay cultura, no hay educación ni bienestar para nosotros los campesinos marginados.
>
> Que si nosotros los campesinos llevamos a cabo una sociedad comunitaria, nadie nos detendrá en nuestra ideología social.
>
> Hay que tener ese conocimiento que si desatamos la batalla contra la pobrecía (sic), nuestros hijos no tardarán en ser lo elementos más peligrosos y amenaza tremenda para la sociedad.
>
> Que en estas veredas se encuentran los minifundios de numerosos campesinos amenazados por el TERRIBLE MONSTRUO VERDE QUE ES LA GRAN CAÑA, el DIOS de los Terratenientes.
>
> Que somos enfáticos todos los campesinos que habitamos en estas zonas de minifundios en rechazar el cultivo de la caña, por las siguientes razones:
>
> 1. La mala fe que gastan estos capataces, en primer lugar, que irrigan nuestras parcelas con las aguas que se utilizan en sus cultivos.
>
> 2. Más todavía, las fumigaciones que hacen perjuicio a los cultivos de los campesinos dejándolos en la tremenda miseria, para así mandar sus comisiones a ofrecer compra por el pedacito de terreno
>
> […] Para concluir, sentamos protesta por el elevado costo de la vida. DESDE EL PUNTO DE VISTA… MANOS A LA OBRA. ¿QUÉ ESPERAMOS? (Mina, 2011, pp. 116,117)

Movimiento negro en el norte de Cauca

Bastantes luces se han desglosado hasta acá para entender el origen o, por lo menos, el detonante de la organización de comunidades negras en el norte del Cauca. El problema de la tierra y del trabajo que desprende de la consolidación de los ingenios azucareros ha sido razón más que

suficiente para rastrear las reivindicaciones históricas en municipios propiamente como Guachené. El norte del Cauca está conformado por un conjunto de municipios que se ubica en la zona tórrida colindante con la falda de la cordillera central de Los Andes; influenciada fuertemente por las características de la población del pacífico. Puede definirse que son 10 los municipios que se ubican allí: Santander de Quilichao, Buenos Aires, Suárez, Puerto Tejada, Caloto, Villarica, Corinto, Miranda, Padilla y Guachené, este último constituido a mediados de la década del 2000 tras su separación del municipio de Caloto, entre otras, por particularidades étnicas contrapuestas con las poblaciones indígenas. Particularmente Guachené puede localizarse entre los municipios de Padilla y Puerto Tejada, con quienes limita al norte, el municipio de Caloto, con quien limita al sur, al oriente y al occidente y el municipio de Padilla con quien limita hacia el noroccidente. Una de sus particularidades es que se encuentra ubicado mucho más cerca a la ciudad de Cali, capital del departamento del Valle del Cauca que a la ciudad de Popayán, capital del departamento de Cauca, por lo cual se ha visto altamente influenciado por todo el conglomerado de ingenios azucareros del Valle del Cauca, al igual que los otros municipios de la Provincia Norte del departamento Caucano.

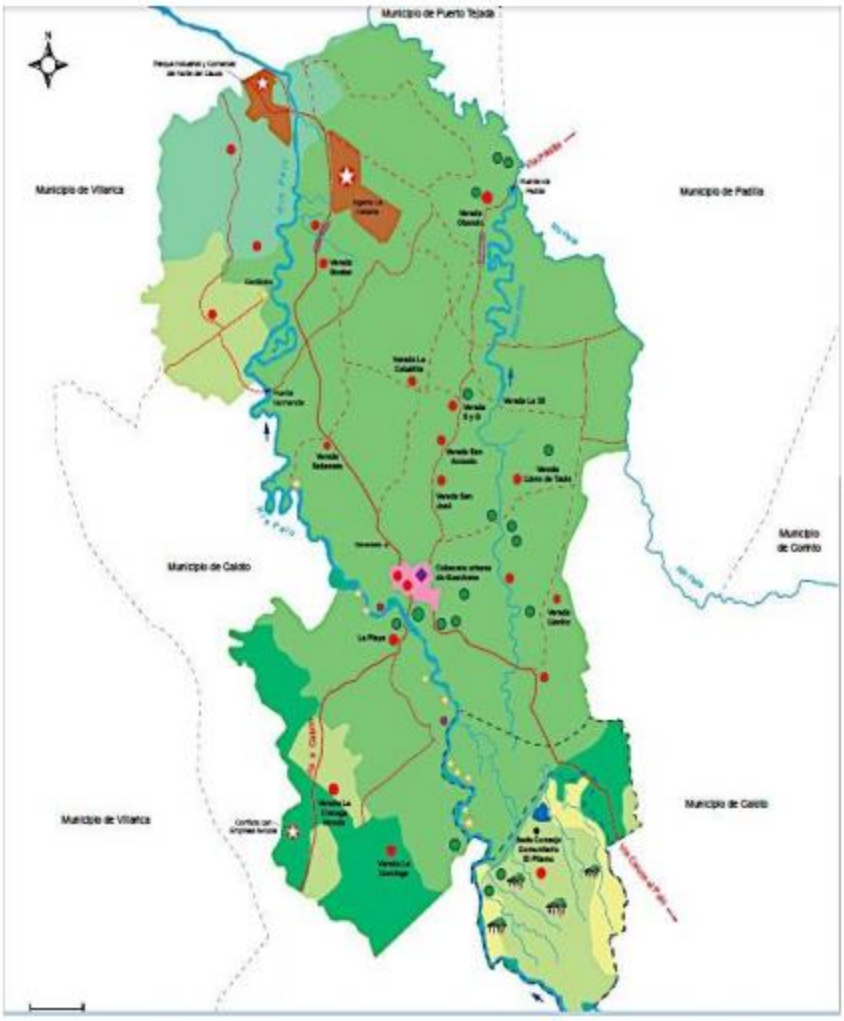

Imagen 5. Mapa de Guachené. Fuente: INCODER (2013)

A parte de su condición de fundación tardía, resulta difícil caracterizar particularidades que no se hallen en los otros municipios de la región nortecaucana. Lo que es hoy, particularmente en torno a sus contradicciones sociales, es el resultado de todo un devenir histórico de estructuras heredadas de la colonia en conjunción con la instauración de un modelo capitalista agroindustrial sustentado en la concentración de la tierra, la expansión del monocultivo y la proletarización de las comunidades negras. Toda esta conjunción de factores, sumado a los procesos organizativos que se vienen dando en el norte del Cauca históricamente, han generado las condiciones precisas para que en la actualidad sea más que evidente el nivel de conflictividad social que se vive en estos

territorios. En general, la tradición de lucha de las comunidades negras debe rastrearse en torno a la herencia cimarrona que ha trascendido históricamente en el territorio. Bien lo plantea Víctor Moreno, líder comunitario del municipio de Guachené, “existe una semilla de cimarronaje en Guachené, ya que hay vestigios de palenques o mini palenques” (en comunicación personal). Por tanto, para comprender la evolución histórica del movimiento negro del norte del Cauca, no puede ser otro el punto de partida que el de la experiencia cimarrona desde la época colonial.

Cimarrones y rebeldía negra

Se estima que de los 15 millones de esclavos africanos que se cree que llegaron a lo que es hoy el territorio colombiano por el puerto de Cartagena entre los siglos XVI y XIX, aproximadamente un 40% de estos fue transportado hacia el occidente y suroccidente colombiano, bien sea por los puertos de Buenaventura y Tumaco o por el río Cauca (Centro Virtual Isaacs, 2011). La intención del desplazamiento de esclavos era precisamente fortalecer la cuadrilla de esclavos que tenían bajo su mando los hacendados del Gran Cauca, poderosas familias latifundistas que se dedicaban a la minería y propiamente el trabajo de hacienda. Por supuesto, la mano de obra escalaba constituyó desde entonces el eje de producción del territorio caucano y la base de las riquezas de las familias latifundistas a partir de la extracción de oros o metal que se utilizaba para las monedas; pero también del cultivo de tabaco, plátano y ya desde entonces caña.

En este contexto de esclavitud emerge la figura del cimarronaje, grupos de esclavos ‘prófugos’ que configuraba territorialidades específicas fundamentadas en la identidad negra, claramente todo al margen de los hacendados y asentamientos de los colonos españoles, siendo esta una característica general desde los primeros días de existencia de la Nueva Granada (Mcfarlane, 1991). La característica de los asentamientos de cimarrones era la configuración de

comunidades principalmente agrícolas que establecían formas organizacionales definidas particularmente por liderazgos políticos y militares claramente definidos. Esto supone naturalmente una concepción política autónoma de organización territorial sobre la base del trabajo de la tierra. Pero también, muchas de estas comunidades se organizaban con base en los orígenes étnicos o triviales de su ascendencia africana. Estas comunidades adoptaban el nombre de palenques.

El principal palenque constituido en la región del suroccidente colombiano es el palenque El Castigo ubicado en la región del Patía caucano, actualmente una zona central del departamento del Cauca. Se estima que por la llegada tardía de los colonos españoles a este territorio se presentó la oportunidad de la organización cimarrona sobre la base de sus propias dinámicas (Centro Virtual Isaacs, 2011). El Castigo estuvo conformado, en parte, por lo que se adjudicaba a la figura de los cimarrones, fugitivos bandoleros prófugos de la justicia; pero también por negros libres y esclavos que habían escapados de las zonas mineras de las zonas ubicadas más hacia el sur del país. Barbacoas e Iscuande se convirtieron en territorios centrales de donde huían los esclavos negros para consolidar la estructura palenquera como escenario referente de autonomía y libertad. No obstante, el palenque El Castigo, fue también refugio de bandidos y prófugos que no eran necesariamente negros (Zuluaga y Romero, 2007), pero que igualmente contribuían en la consolidación de la comunidad. No está de más advertir que la figuración de bandidos sobre las comunidades palenqueras era adjudicada precisamente por sus esclavistas, por lo que la idea de criminalidad que pueda constituirse al respecto esta claramente vinculada al sesgo de la corona española y de los hacendados.

Por supuesto, la condición sobre la que los cimarrones establecieron sus palenques, especialmente en el caso de la región del Patía y el palenque El Castigo, no se daba de manera

armónica. Es decir, allí no funcionó una lógica territorial vinculada únicamente a la perspectiva de sociedad cimarrona, sino que también hubo población blanca española que tenía allí un engranaje territorial que funcionaba sobre la base de la hacienda. De esta manera el territorio Caucano empezó a moldear un funcionamiento en su estructura económica basado en la minería y la agricultura, pero también en la hacienda ganadera de los grandes latifundios de los colonos españoles. Sin embargo, las contradicciones parecieron cada vez más radicalizar las posturas de los movimientos de esclavos y de los cimarrones, quienes durante el siglo XVIII se apropiaron de la consigna "muerte a los blancos del Cauca" (Castillo, 2005), argumentando incluso que preferían morir antes que ser parte de la servidumbre de los blancos en las haciendas. Es esta pues una referencia de la radicalización del movimiento negro, quienes agobiados por las condiciones de esclavitud empiezan cada vez más a radicalizar sus posturas y asumir activamente una organización comunal tendiente a la desaparición de las condiciones de sujeción y explotación por parte de los grandes hacendados, incluso décadas después del proceso independentista.

Toda esta determinación por constituirse como autoridades territoriales bajo sus propias características y enfoques culturales constituye uno de los puntos de partida para la articulación de la región caucana con el resto del país (Zuluaga, 1993). Sus posturas fuertes ante las autoridades regionales y nacionales les otorgaron un nivel de reconocimiento que incluso se sustentaba en definir a las comunidades negras desde un ejercicio de poder territorial. Incluso su perfilamiento como bandoleros y guerrilleros negros, lo dotó de una suerte de legitimidad para establecer relaciones basadas en dinámicas de poder con otro tipo de autoridades o referentes de las zonas caucanas. Además, su trasegar histórico constituyó todo un andamiaje cultural que era imposible de desconocer; hubo en el palenque El Castigo toda una construcción de sociedad negra con expresiones folclóricas y culturales específicas, sustentadas también en la resistencia de los

bandoleros y las guerrillas para reivindicar y defender la relativa autonomía que adquirieron en sus territorios con el establecimiento de los palenques como estructura organizacional específica.

No obstante, la irrupción cada vez más fuerte de la economía latifundista apoyada, además, en el desconocimiento del gobierno oficial de los palenques por su estrecha relación con bandoleros, bandidos y fugitivos, terminó por acelerar la desaparición de los palenques. Nuevamente primó el interés de los grandes hacendados que ejercieron la presión suficiente en las instancias del gobierno central para instaurar nuevas formas de organización social y de desarrollo económico. La actividad minera fue remplazada lentamente por el latifundio y a la población negra poco a poco no le quedó otra opción que aceptar los indultos ofrecidos por el gobierno para que se sometieran a las disposiciones económicas de los grandes hacendados. Sin embargo, a pesar de la oferta de indulto, muchos esclavos y negros prefirieron migrar hacia el norte de la región y hacia lo que hoy es el departamento del Valle del Cauca, instaurando pequeños territorios cultivados, pero ya no bajo la figura de palenques, sino más bien como comunidades agrarias constituidas en veredas y platanares (Centro Virtual Isaacs, 2011). Por estas razones Leidy Mina, integrante y líder de organizaciones juveniles en el municipio de Guachené reconoce que movimiento negro en el municipio de Guachené siempre ha habido porque "Guachené es un municipio que es principalmente de gente negra que salieron de las haciendas esclavistas y muchos que se volaron y otros que pagaron formando lo que es el palenque en Guachené" (en comunicación personal).

Evolución de la organización negra a finales del siglo XX

La segunda mitad del siglo XX constituye un nuevo punto de referencia para la caracterización de los procesos organizativos y de resistencia de las comunidades negras del norte del Cauca. Por supuesto, esto se vincula directamente a la consolidación de los ingenios azucareros

que precisamente alcanzan su auge entre las décadas de 1950 y 1960. Sin embargo, el tipo de organización de las comunidades negras resulta bastante particular; mencionan Vanegas y Rojas (2012) que, a diferencia de la suerte de continuidad y relativa estabilidad que alcanzan los procesos negros en el Pacífico, las organizaciones del norte del Cauca tienen a presentar cierta fluctuación al punto que parecieran debilitarse incluso tras los logros alcanzados con la constitución de 1991 en materia de reconocimientos políticos para la población negra del país. De cualquier forma, hoy por hoy se logra establecer un proceso organizativo que se sustenta en los trabajos sociales, políticos y territoriales de base alrededor de los consejos comunitarios. Pero para llegar a este punto son diferentes las experiencias organizativas que han adoptado las comunidades negras durante las últimas décadas.

Para la lógica de los procesos organizativos y políticos de las comunidades negras, es importante determinar brevemente cuáles son y de dónde vienen los conflictos sociales que perduran en los territorios del norte del Cauca. Por un lado, la estructura desigual de la tierra perdura como uno de los principales detonantes de la lucha y la resistencia de las comunidades negras; todo lo que ha significado la expansión del monocultivo de caña se traduce en la expropiación y el despojo de tierras y, en general, de la estructura agraria campesina tradicional en el territorio. Además, ello ha generado una situación de agudización en las desigualdades sociales que ha convertido a negros y negras en asalariados del campo, siendo esta una figura que, entre otras, se ha mal-utilizado para despojarlos de cualquier dignidad como trabajadores a partir de modelos de contratación que poco tienen que ver con la posibilidad de una vida digna. Esto ha generado niveles de pobreza en el que las necesidades básicas insatisfechas alcanzan un 50% en gran parte de los municipios del norte del Cauca (Vanegas y Rojas, 2012). Sin mencionar que, además, esta condición de pobreza ha sido inducida y legitimidad ciertamente por instituciones de

gobierno que durante tantos años simplemente han abandonado al campesino negro a la suerte de los regímenes latifundistas de los empresarios de caña.

De esta manera, uno de los principales referentes para el entendimiento de los procesos organizativos y de resistencia entre la población del norte del Cauca tiene que ver con el proceso de proletarización característico del progresivo avance de los ingenios azucareros. Desde la década de 1950 y hasta la década de 1980 los campesinos negros se encuentran envueltos en un proceso que puede denominarse de 'desagrarización', en tanto su condición tradicional campesina se ve suplantada por una figura de asalariados rurales. Es decir, con el proceso de concentración de tierras los campesinos no sólo se encuentran expuestos a la pérdida de autonomía y control sobre sus fincas, sino se les despoja también de su condición histórica, social y política de campesinos. Ya no subsisten pues bajo lógicas comunitarias y cooperativas centradas en el cultivo de alimentos, sino que ahora dependen de un sueldo mal remunerado por el empleo de su fuerza de trabajo. De esta manera, la lucha de las comunidades negras del norte del Cauca va a estar caracterizada principalmente por una lucha sindical agraria.

En la década de 1970, aun con la prevalencia de la condición de asalariados y luchas sindicales, se empieza a constituir un movimiento de carácter mucho más cívico que aboga por la demanda de servicios públicos y condiciones mínimas para habitar el territorio. Precisamente los antecedentes de explotación de trabajadores y de despojo de tierra constituyen un punto de partida en el interés de algunos sectores de la clase media del norte del Cauca que ingresan a la universidad y configuran un discurso que recoge muchas de las apuestas de las reivindicaciones históricas del movimiento negro norteamericano, especialmente con relación a los derechos civiles (Vanegas y Rojas, 2012). Sustentados en el pensamiento antirracista de figuras emblemáticas como el mismo Malcom X, los intelectuales emergentes del norte del Cauca establecen un discurso político que

reivindica la necesidad de su reconocimiento como sujetos de derechos y, por tanto, demandan al Estado colombiano dirija sus esfuerzos para garantizar condiciones mucho más óptimas para el desarrollo de la vida, no sólo en las zonas rurales, sino también en las cabeceras municipales.

La década de 1980 se caracteriza, en un primer momento, por las luchas de tipo cívico que promovieron las comunidades negras inspiradas precisamente en el acontecer político y la emergencia de las ideas de la década de 1970. Las movilizaciones en el territorio nortecaucano se definen por servicios públicos, por tierra y por vivienda digna. Sin embargo, muchas de estas demandas poco a poco serán cooptadas por movimientos y sectores electorales que ven allí la oportunidad para lograr un crédito al reconocimiento y por el bienestar de intereses mucho más particulares que comunitarios (Vargas y Rojas, 2012). De cualquier forma, durante estas tres décadas, desde 1950 hasta mediados de 1980 (incluso hasta la actualidad), el problema de la tierra sigue siendo un asunto central en las reivindicaciones de las comunidades negras. Y es en 1984 cuando sucede uno de los principales referentes de la organización de las comunidades negras: la recuperación de tierras, especialmente el caso de la recuperación de la hacienda Pilamo.

Producto del proceso de concentración de tierras vinculado a la industria de la caña, la hacienda Pilamo alcanzó una extensión de 1800 hectáreas; aunque antes de la década de 1950 estaba destinada a cultivos de algodón, maíz, sorgo y fríjol negro, la Revolución Verde que promovió todo el desarrollo de los ingenios azucareros cambiará su función agrícola y la ubicará también bajo las condiciones del monocultivo de caña (INCODER, 2013). Desde la década de 1950 se implementa en la hacienda Pilamo el mismo modelo de trabajo asalariado que prima en los ingenios azucareros y en los monocultivos de caña, con la particularidad de que no sólo se veía envuelto en labores de trabajo el hombre cabeza de hogar, sino que se vinculaba a todo el núcleo familiar. Las condiciones sociales de la época no permitían que, por ejemplo, se dejaran los hijos

solos durante la jornada de trabajo, sino que estos acompañaban a sus padres y ciertamente terminaban ejerciendo labores con ellos.

Menciona Víctor Moreno (en comunicación personal) que una de las principales causas de la organización de las comunidades negras en el norte del Cauca es la intención de "permanencia y pervivencia en el territorio y en los cultivos de pan coger", justamente de allí nace "la necesidad de trabajar en equipo desde la tonga y la minga". De esta manera se adopta la determinación de proceder a la acción política de recuperación de tierras, esta vez en conjunción con los movimientos y organizaciones indígenas de la región. 1984 es el punto de partida de un proceso de toma de tierras, siendo la hacienda Pilamo el principal referente para la comunidad de Guachené. Se pueden establecer dos etapas, la primera precisamente corresponde al ejercicio de articulación en la lucha política entre comunidades negras y comunidades indígenas paéces en las que se recuperan las fincas de López Adentro y el Carrizal, lo que sería la parte indígena de la hacienda Pilamo. Y la segunda etapa que corresponde exclusivamente a los procesos organizativos y de recuperación de tierra de las comunidades negras, apropiándose del resto de la hacienda Pilamo. Gabino Hernández, otro líder comunitario del norte del Cauca, recuerda precisamente este acontecimiento como un hito de la organización negra: "la recuperación de la finca, del consejo comunitario de Pilamo, en unión con los indígenas, una hacienda colonial de 1800 hectáreas, esto junto con los indígenas, donde a los negros nos correspondió 907 [hectáreas) y a los indígenas 800" (en comunicación personal).

Los últimos años de la década de 1980 y los primeros de la década de 1990 se caracterizan por la acción política y organizativa interétnica en los procesos de recuperación de tierras. Fue justamente la experiencia de organización de los indígenas paéces la que va a motivar a las comunidades negras a estructurar cada vez más una propuesta de articulación territorial que

garantice un accionar político mucho más contundente y que contribuya estratégicamente al avance de sus luchas políticas. Sin embargo, la diferencia cultural poco a poco irá marcando la ruptura entre ambos pueblos. Como reconocen algunos habitantes del norte del Cauca (entrevistados por INCODER, 2013):

> No fue por problemas, sino por falta de costumbres. Los indios tienen unas costumbres y nosotros tenemos otras. […] La alimentación es diferente a la de nosotros, el modo de trabajar también es diferente. Las relaciones… sin pleitos, sin nada, pero no pudieron acostumbrarse a lo mismo, por eso hubo separación.

A partir de 1992 el movimiento de las comunidades negras trabaja autónomamente los procesos de recuperación de tierras, igualmente enfocados en la recuperación de hectáreas de la hacienda Pilamo. En general, el mecanismo o las actividades que ejecutan para la recuperación de tierras consiste en apropiarse a partir del asentamiento de las poblaciones; llevan a cabo una instalación permanente y proceden por medio del trabajo de la tierra de manera inmediata (INCODER, 2013). Cultivan los alimentos que poco a poco fueron desapareciendo con la expansión del cultivo de caña; plátano, yuca y cacao constituyen la bandera con la que las comunidades negras recuperan los territorios ancestrales que perdieron con la avanzada industrial desde la década de 1950. Al ser un ejercicio propiamente de negros, este proceso constituye, como lo menciona Gabino Hernández, “el fortalecimiento y el origen del consejo comunitario de Pilamo”. Esta es la forma de organización de base que adoptan los pobladores del norte del Cauca durante los últimos años y en la cual se manifiesta el acumulado de las luchas históricas por el acceso a la tierra. El consejo comunitario, una vez se da el proceso de recuperación de tierras, adjudica las plazas (dos tercios de hectárea de tierra) a las diferentes familias para que ellos dediquen el trabajo a la tierra únicamente para los cultivos de pan coger.

Es también en la década de 1990 que, con el proceso constituyente de 1990 y 1991, se empieza a configurar un proceso de etnización en el movimiento, es decir, de reconocimiento de su condición como comunidades negras, esto gracias a que la Constitución reconoció la diversidad étnica y cultural de la nación colombiana, y la deber por parte del Estado de defender esta diversidad, concede que los grupos raciales minoritarios tengan control sobre sus territorios, recursos y cultura. Posteriormente, con la Ley 70 de 1993, el reconocimiento se hace mucho más explícito, y esta se constituye como uno de los principales avances de las luchas históricas desde que en la década de 1970 los intelectuales nortecaucanos abogaran por los derechos civiles de los negros. Esta Ley hace un reconocimiento de las comunidades negras que han venido ocupando tierras baldías en las zonas rurales ribereñas de los ríos de la Cuenca del Pacífico, en derecho a la propiedad colectiva. Así lo estipula de manera textual en su Capítulo I, Artículo 1.

> La presente ley tiene por objeto reconocer a las comunidades negras que han venido ocupando tierras baldías en las zonas rurales ribereñas de los ríos de la cuenca del Pacífico, de acuerdo con sus prácticas tradicionales de producción, el derecho a la propiedad colectiva, de conformidad con lo dispuesto en los artículos siguientes. Así mismo tiene como propósito establecer mecanismos para la protección de la identidad cultural y de los derechos de las comunidades negras de Colombia como grupo étnico, y el fomento de su desarrollo económico y social, con el fin de garantizar que estas comunidades obtengan condiciones reales de igualdad de oportunidades frente al resto de la sociedad colombiana.

Entrado el nuevo siglo, emergen muchas más figuras de asociación de las comunidades negras, principalmente sobre la base de propuestas de consejos comunitarios. Sin embargo, la sobreexplotación de esta figura organizativa se ha traducido en burocratismos que muchas veces desdibujan el horizonte político y la carga histórica con la que emergieron. La Constitución del 91 y la Ley 70 de 1993 parecen haber constituido un afán por la gestión de proyectos de diferente naturaleza: “gran cantidad de iniciativas que se agotan en una suerte de “proyectitis”,

burocratización de los liderazgos y débiles expresiones de articulación" (Vanegas y Rojas, 2012, p. 26). El riesgo se traduce en la dispersión de "proyectos" que puedan surgir en torno a las asociaciones y consejos comunitarios, pudiendo perder de vista las reivindicaciones centrales que pueden garantizar un acceso mucho más efectivo a las condiciones de vida digna que históricamente han disputado los negros de la región del norte del Cauca y del municipio de Guachené.

Capítulo III.
Acción colectiva y perspectiva política del movimiento negro de Guachené

El paro nacional agrario constituye una apuesta amplia de los movimientos sociales, principalmente rurales, por agenciar políticamente un sinfín de reivindicaciones que han demandado por ya varias décadas. En el caso de las comunidades negras del norte del Cauca significa nuevamente un reconocimiento, pero también la búsqueda de respuestas efectivas a las demandas sobre el acceso a la tierra y el histórico requerimiento por su autonomía. Con la agudización cada vez más profunda por el acceso a la tierra y la radicalización de las profundidades, el paro mutó a un escenario de gran importancia para el movimiento social colombiano: la CACEP. Este escenario ha logrado aglutinar la perspectiva de lucha política de diferentes movimientos en el país, consolidando una visión de país plural enriquecida por todos los sectores sociales que allí confluyeron. En este último capítulo se lleva a cabo un análisis del paro nacional agrario y de la participación de las comunidades negras, evidenciando cómo se recogieron las demandas más sentidas y cómo se proyectaron políticamente en la articulación entre movimientos

Paro nacional agrario

El paro nacional agrario de 2013 puede entenderse como una de las jornadas de movilización campesina de mayor nivel en los últimos años. Durante casi un mes, entre el 19 de agosto y el 12 de septiembre de 2013 el país fue testigo de multitudinarias marchas en diferentes zonas del territorio colombiano; en las carreteras principales del país, en las veredas de las comunidades rurales y en las grandes ciudades miles de campesinos, negros e indígenas protestaron en contra de un acumulado de políticas que económicas que los ha afectado directamente. Se calcula que el nivel de convocatoria de las protestas alcanzó una participación de aproximadamente 200.000 personas; tal cantidad de manifestantes, por medio de bloqueos, marchas, mítines y otras acciones realizadas por las diferentes organizaciones, generaron importantes impactos en la normalidad del país: desabastecimiento de alimentos en las ciudades, incremento de precios y pérdidas considerables para diferentes sectores económicos.

Por supuesto, esta jornada de protestas a nivel nacional no sucedió de manera espontánea; además del acumulado histórico por el problema de concentración de la tierra, durante la década anterior (2000 a 2010) se venía ya ambientando una suerte de descontento en contra de las políticas gubernamentales dirigidas al campo colombiano. El año 2008 puede ser reconocido como un momento de antecedente, en cuanto sirve de contexto para la aparición de la Minga Social y Comunitaria de los indígenas. Desde entonces la principal reivindicación se concentraba en el rechazo a los TLC y, en general a todo el intervencionismo del mercado transnacional; es decir, las reivindicaciones que posteriormente aparecerían como detonantes del paro ya venían siendo denunciadas algunos años atrás.

En general, el Gobierno de Álvaro Uribe Vélez (2002 – 2010) se caracterizó por una alta oposición de los sectores sociales organizados, a quienes criminalizó, persiguió y reprimió

fuertemente. La llegada a la presidencia de Juan Manuel Santos (2010 – 2018), parecía significar una continuidad de la ‘mano dura’ que caracterizó a su antecesor; sin embargo, algunos giros en su forma de hacer política, como el restablecimiento de relaciones con Venezuela y, principalmente, el proceso de negociación para la paz con las FARC-EP, significaron una suerte de apertura para la agenda pública. Es decir, de alguna manera Santos abrió el espectro de sujetos políticos a los que reconocía oficialmente el Gobierno colombiano, por lo que ello supuso la posibilidad de participación de muchos sectores sociales en las coyunturas políticas durante su mandato. Producto de este giro en su hacer política, como lo propone Cruz (2017), pudo suceder que la división entre élites cercanas al poder quedara al descubierto, siendo esto una oportunidad que pudieron haber aprovechado los movimientos sociales.

No obstante, el giro al que se refiere sobre el Gobierno Santos, no fue en realidad un cambio en la perspectiva de desarrollo económico, pues mientras se reconocían otras participaciones en el espectro político nacional y regional, se siguieron implementando políticas económicas que atentaban no sólo contra la sostenibilidad y sustento del campesinado, sino también contra su autonomía. Tras las firmas del TLC se determinaron políticas como la asociada a la Resolución 970 de 2010 que condicionó a los campesinos en el uso de semillas nativas para sus cultivos; las beneficiadas de este tipo de políticas nuevamente fueron las grandes transnacionales que demandaban propiedad sobre las patentes de las semillas.

Fueron tres organizaciones las que centralizaron las diferentes acciones de protesta y movilización a nivel nacional y en las que se detectan, en términos generales, las diferentes reivindicaciones con las que se convocó al paro: el Coordinador Nacional Agrario (CNA). la Mesa Nacional Agropecuaria y Popular de Interlocución y Acuerdo (MIA), y el Movimiento por la Dignidad Agropecuaria Nacional (MDAN) (Roncancio, Burbano y Molano, 2014). Sus exigencias

se enfocaron en la oposición a los TLC, la oposición a los grandes proyectos minero-energéticos, el reconocimiento del campesinado como un sujeto político que debe participar en las determinaciones que conciernen al desarrollo rural y, en general, el cumplimiento de acuerdos previos que se venían desarrollando en las reuniones que los representantes del Gobierno sostenían con algunas comunidades campesinas y sus organizaciones en diferentes territorios del país (García, 2014). Prácticamente las reivindicaciones se ubicaron en paralelo al descontento histórico por la concentración de la tierra y los usos comerciales que sólo privilegian a un pequeño sector de la población colombiana.

Con el tiempo, sectores sociales organizados y no organizados de las principales ciudades del país se fueron uniendo al llamado de unidad y movilización que se sentía en todo el país, al punto que para el 29 de agosto se da una de las jornadas de protesta de mayor nivel de convocatoria con la toma de Bogotá. Una gran cantidad de campesinos se movilizó hasta la capital del país como mecanismo de presión ante un Gobierno que reconocía que "ese tal paro agrario no existe". Además del reconocimiento que ello significó para las comunidades rurales por parte de los habitantes urbanos, la participación de estos últimos también se vio motivada por diferentes demandas que venían promoviendo con relación a las políticas de Juan Manuel Santos como por ejemplo la Ley de seguridad ciudadana que pretendía establecer límites a la protesta social (Cruz, 2017).

Según Cruz (2017) la contienda política en la que se enmarca el paro nacional agrario está compuesta por dos momentos. En el primero, salen a flote las divisiones entre las organizaciones promotoras de la protesta, mientras el Gobierno de Juan Manuel Santos intenta reducir su movilización. Como ya es tradición en los sectores alternativos de la política colombiana, muchas veces prevalecen diferencias que no permiten que la coordinación entre movimientos llegue a

avances políticos significativos. En el segundo momento, a partir de las declaraciones del presidente Santos en las que niega la existencia del ´tal paro', se genera un apoyo masificado de la protesta en las ciudades, lo que llena de oxígeno a los movimientos campesinos. Sin embargo, al mismo tiempo la estrategia gubernamental de dividir al movimiento creando múltiples mesas de interlocución para fragmentar las negociaciones, desgasta la movilización y busca evita la conformación de una mesa única.

En general, la protesta se explica por un contexto político que aumentó las oportunidades para la movilización y que comprende tres grandes factores: a) el ciclo de protestas en el que se apunta abre oportunidades al visibilizar la vulnerabilidad del Gobierno; b) la mesa negociación de paz amplía la agenda pública permitiendo el posicionamiento de demandas sociales no tramitadas por el sistema político; y c) el apoyo de diversos actores sociales y políticos contrarresta el ascenso en los niveles de criminalización y represión de la protesta (Cruz, 2017). Ante esto último, valga mencionar que el paro nacional agrario se caracterizó, como tristemente resulta normal, por un alto nivel de represión desde las fuerzas policiales y militares. Por ejemplo, según el Colectivo de Abogados José Alvear Restrepo (CAJAR, 2013), se registraron caso de heridos por armas de fuego, encontrando como evidencia castillos de bala de pistolas de uso privativo de la fuerza pública.

Tratando de mitigar los efectos del paro, el Gobierno propone el 12 de septiembre el Pacto Nacional Agrario, con este se pretendió fortalecer el encadenamiento productivo controlado por los principales grupos económicos del país y los megaproyectos agroindustriales (López, et al., 2015). Esto se asumió como un mensaje de desconocimiento a las reivindicaciones de los campesinos que protestaban en todo el país quienes, en respuesta, mantuvieron el paro algunos días más, cobrando especial fuerza en los departamentos de Nariño, Cundinamarca y Boyacá

(Cruz, 2017). Finalmente, los procesos de negociación se vieron truncados por las estrategias de dilación del Gobierno, pero también por las divisiones al interior de las organizaciones convocantes del paro. No obstante, la experiencia sirvió para articular un proceso amplio de confluencia en la Cumbre Agraria Étnica y Popular, escenario que funcionó con relativa actividad durante los siguientes años y en el que los movimientos sociales encontraron un lugar para dinamizar nuevamente su agenda política.

Comunidades negras en el paro nacional agrario

> Somos los hombres y mujeres que hemos venido participando de congresos, asambleas, paros y movilizaciones, donde nos hemos manifestado con fuerza por una vida digna. Somos los hombres y mujeres a quienes nos une el empeño por construir una Colombia más justa e igualitaria, con reconocimiento y garantía plena de los derechos que hemos conquistado (Cumbre Agraria, Campesina, Étnica y Popular- CACEP, 2014).

La acción colectiva del movimiento social negro en el paro nacional agrario y la CACEP se encuentra atravesado por dinámicas históricas, identitarias y de conflictos sustentados en su mayoría por el acceso y garantía de propiedad sobre la tierra, en contraposición a los latifundios en manos de los ingenios azucareros. Este apartado analiza la participación del movimiento negro de Guachené en estas expresiones de movilización política nacional a partir de la experiencia acumulada en las siguientes organizaciones: Asociación de Consejos Comunitarios del Norte del Cauca (ACONC), el Proceso de Comunidades Negras (PCN) y la Asociación Comunitaria para el Desarrollo Integral (ASCODITA).

Experiencia de las organizaciones negras y participación en el paro nacional agrario

De acuerdo con Melucci (1999), el entendimiento de los movimientos sociales se puede construir a partir de un sistema de categorías que lo define en su acción colectiva: identidad, conflicto y transgresión. Lo que lo diferencia de un partido político tradicional es la capacidad política de transgredir los límites que el sistema puede tolerar dentro de su estructura. Es decir, puede existir un cambio no sustancial que no rompa con la estructura, pero cuando las acciones colectivas traspasan las fronteras, obligan al sistema a ir más allá del rango de variaciones que su estructura puede tolerar haciendo una transgresión.

Las reivindicaciones políticas del movimiento negro de Guachené para la movilización en el paro nacional agrario, resaltan la forma directa en que se intenta transgredir los límites del sistema para cambiar las condiciones de vida digna de los pobladores de la región. Víctor Hugo Moreno, consejero mayor de la ACONC (en comunicación personal) menciona que uno de los objetivos iniciales era la recuperación de la tierra ya que un 70% del territorio de Guachené esta invadido por los ingenios azucareros. Por medio de la negociación con el Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural, exigían las comunidades negras de Guachené garantizar el acceso, compra y readquisición de tierras y territorios ancestrales, en la jurisdicción de las comunidades solicitantes en perspectiva de la reparación colectiva. Esto, tras el reconocimiento de las diferentes formas en que se ha victimizado a las comunidades del norte del Cauca, bien sea por medio de acción de violencia directa de diferentes actores armados o por los históricos procesos de despojo de sus tierras y fuerza de trabajo.

Uno de los aspectos que caracterizó la contundencia del paro nacional agrario, fue la participación articulada de diferentes movimientos sociales tanto en el nivel nacional como en el

nivel regional. Para el caso del norte del Cauca todo el proceso preparativo, logístico y de ejecución de su participación en el paro estuvo mediado por la confluencia de las tres organizaciones mencionadas (ACONC, PCN y ASOCODITA), de tal manera que con esto se pretendió posicionar con mayor fuerza las reivindicaciones históricas que han caracterizado a las comunidades del territorio. La organización de los consejos comunitarios del norte del Cauca (ACONC), por ejemplo, es un proceso que recoge reivindicaciones de las organizaciones territoriales, por tanto, la posibilidad de articulación que genera un escenario coyuntural como el paro nacional agrario significa desplegar con mayor potencia todos los reclamos de los campesinos negros en torno a la defensa de la vida y el territorio, inspirados en la exigibilidad de los derechos humanos junto con el fortalecimiento de la cultura ancestral afro. De esta manera lo reconoce Víctor Moreno:

> La Asociación de Consejos Comunitarios del Norte del Cauca ACONC es una asociación que pretende hacer las veces de consejo mayor de comunidades negras en el norte del Cauca, es decir, propende la gestión y el cumplimiento ante el gobierno de la ley 70 de todos sus articulados y de todos sus capítulos que defienden los derechos étnico territoriales de las comunidades afrocolombianas en Colombia[3]

Para esta labor la ACONC reúne cerca de 40 consejos comunitarios de 10 municipios, entre los que se encuentran: Santander de Quilichao, Corinto Caloto, Miranda, Villa Rica, Puerto Tejada, Padilla, Buenos Aires, Suárez y Guachené. Gestionando proyectos sociales de enfoque diferencial y étnico con las alcaldías locales, la gobernación y el gobierno nacional y con entidades de cooperación internacional, que contribuyan a resaltar el papel político del negro en la sociedad colombiana y sus posibilidades para la transformación de la vida de los pobladores del Cauca. Su participación en el paro nacional agrario se centró en la contribución del pliego de peticiones por

[3] Extraído de https://www.youtube.com/watch?v=Z8VoTUE5BS8

parte del Coordinador Nacional Agrario ante el Gobierno nacional. Su bagaje histórico de lucha con las comunidades afro en el departamento del Cauca les ha proporcionado como organización los argumentos suficientes para generar los escenarios de discusión política ante los estamentos estatales. Es decir, en la acción política la pericia con la que asumen las discusiones y los debates en el panorama nacional, le significan a la organización un reconocimiento implícito como actor político y deliberativo de su propio territorio ante cualquier pretensión directa del Gobierno o de los empresarios.

De la misma manera, por su capacidad organizativa a nivel departamental, ayudaron con la logística y participación de las movilizaciones del movimiento de las comunidades negras, indígenas y campesinas en general. Al respecto Víctor Hugo Moreno relata que **"**la articulación estuvo con las organizaciones que en ese momento hacían presencia en el territorio del norte del cauca, pero eran de sectores campesinos e indígenas como el CRIC, la ACIN y asociaciones campesinas" (en comunicación personal). Esto, resulta ser evidencia de la disposición de trabajar en conjunto con otros sectores también representativos de las zonas rurales del país a pesar de las diferencias que muchas veces resultan primar por encima de la posibilidad de alcanzar victorias comunes.

Por su parte, el PCN, como re de organizaciones de las comunidades negras en el territorio nacional, ha acumulado una importante experiencia de acción política desde la década de 1990, articulando toda una lucha en el país en torno a la defensa de los derechos étnicos, culturales y territoriales de los negros. Por su reafirmación como proyecto sociopolítico, apunta sus reivindicaciones a la reafirmación de la identidad cultural, el reconocimiento político de las comunidades negras, la autonomía en sus territorios y la defensa de estos por su condición de ancestralidad y alto nivel de significado para la población negra. Todo esto entra en juego en sus

intenciones de movilización, acompañado también de reivindicaciones que giran sobre el problema de la tierra y el impacto ambiental de la agroindustria en la mayoría de territorios de las comunidades allí representadas. Aboga por mejorar las condiciones de vida de la población negra a partir de estrechar vínculos de solidaridad y unidad en las luchas por la defensa del territorio, por lo cual, su participación en el paro significó un ejercicio acumulativo y de movilización de todas las organizaciones que allí se sienten representadas, recogiendo también la perspectiva de muchas comunidades indígenas con quienes comparten territorios en diferentes zonas del país.

Su papel en el paro nacional agrario fue protagónico debido al reconocimiento político que ha alcanzado en diferentes instancias del orden nacional y a su capacidad de convocatoria para la movilización. Los diferentes procesos que confluyen en el PCN participaron activamente de las jornadas de protesta convocadas en todo el territorio nacional. En la región de la cuenca del Pacífico movilizaron a cientos de campesinos, indígenas y afrodescendientes en articulación con las ACONC y el Coordinador Nacional Agrario para visibilizar los problemas de las comunidades agrícolas oprimidas que, en ese momento, como ahora, estaban siendo desplazadas por grupos paramilitares para la inserción de minería ilegal en los territorios de las comunidades afros. Uno de los trabajos de mayor contundencia en el marco del PNA, según Leidy Mina, militante del PCN, fue la acción colectiva de las comunidades negras en el retiro de retroexcavadoras que estaban dañado un rio en el departamento del Cauca. Como siempre, lo que aflora es la responsabilidad implícita, incluso ancestral, que han adoptado en nombre de la defensa de los territorios.

Por otro lado, la ASOCODITA, caracterizada a su vez como organización no gubernamental (ONG) por el desarrollo social de las comunidades negras del municipio de Guachené, ha perseguido siempre el objetivo de incrementar las oportunidades de alcanzar lo que en los movimientos sociales se reivindica como la vida digna. Para ello, plantean en esta

asociación, es indispensable el reconocimiento a la autonomía en los territorios a partir de un proceso de toma de decisiones por las propias comunidades sobre el devenir o tipo de desarrollo de los mismos. Sobre la base de la idea del buen vivir reconocen la importancia de poder definir el horizonte económico, educativo, social, cultural, político y ambiental de sus territorios. En cuanto a su participación en el paro nacional agrario, la articulación con los otros dos procesos le permitió explotar sus principales fortalezas en torno al trabajo de formación cultural y política de las comunidades del municipio; es decir, aportó en cualificación para que el movimiento en general lograra mayores niveles de coherencia interna y contundencia en sus planteamientos políticos. Esto es un reconocimiento al valor de su trabajo pedagógico que se sustenta en la posibilidad de construir alternativas diferentes de comunidad y sociedad que tengan como horizonte la conservación del entorno natural y de los valores culturales e identitarios de las comunidades negras, reflejándolos en la convicción política de los manifestantes en las movilizaciones que tuvieron lugar en el departamento del Cauca.

La participación activa de estas organizaciones pertenecientes del departamento de Cauca y especialmente en el municipio de Guachené, fueron de gran protagonismo e importancia a nivel nacional por la contundencia de las marchas, bloqueos, mítines por 17 días en la vía Panamericana; carretera de vital importancia que conecta al país de sur a norte. Y aunque el proceso no llegó a culminar de forma satisfactoria las reivindicaciones concretas de las comunidades negras del norte del Cauca en el paro nacional agrario, su articulación y reconocimiento con demás organizaciones del sector, dieron pie para pensar y gestionar una nueva propuesta y escenario de confluencia política, en vías de proyectar de manera satisfactoria la lucha de los pueblos agrarios del país.

Cumbre Agraria Capensina, Écnica y Popular: una propuesta para el buen vivir

La conformación de CACEP se puede establecer con lo que Touriño (2006) denomina los escenarios de conflictividad en el campo cultural y procesos históricos contextuales formado por actores sociales. Los movimientos sociales se diputan la dirección social de la historicidad en una organización colectiva que lucha contra un oponente que controla recursos de existencia: tierras, derechos civiles, capitales, infraestructura, etc. De esta manera los actores sociales en la acción colectiva cimentan una identidad en la reinterpretación de la realidad a través del conflicto. Es decir, las orientaciones culturales se encuentran vinculadas directamente al conflicto social y construyen una identidad simbólica en los movimientos sociales. En este caso la CACEP surge del difícil esfuerzo de articulación y organización colectiva con los diferentes procesos convocantes en el PNA, que permitió vislumbrar este proceso como una plataforma de unidad en pro de solucionar las dificultades de empatía política que se dieron en las distintas movilizaciones, entre otras cosas, por la división de los pliegos y la fata de una mesa única de negociación. Según Víctor Hugo Moreno Mina "la Cumbre permite fortalecer dinámicas y la articulación entre diferentes sectores políticas en el país que tenemos acciones en común alrededor de la defensa de los derechos territoriales y derechos humanos en el país y proyectos productivos" (en comunicación personal).

La CACEP es entendida como una plataforma política y unificadora de organizaciones sociales que, siendo de distintas tradiciones y corrientes de pensamiento revolucionario, han evidenciado de muchas formas la explotación en condiciones de dominación y pobreza. Gracias a esto han definido y desarrollado una acción colectiva en contra de los conflictos estructurales que configuran las relaciones de clase, antagonizadas por opresores y oprimidos. La Cumbre expone las falencias de un débil sistema democrático y de las instituciones que rodean y deslegitiman el aparato estatal, a partir de unos acumulados de lucha y reivindicaciones históricas de los sectores

populares, que precisamente se van a convertir en el nudo movilizador identitario contra los problemas socioculturales y socioeconómicos mencionados en el capítulo anterior. Precisamente en el comunicado inicial de apertura al proceso de CACEP se demarca la unidad como un principio político organizativo argumentando que:

> Este proceso de Cumbre Agraria, Campesina, Étnica, y Popular es parte del camino que decidimos transitar unitariamente como sectores rurales, campesinos, indígenas y afrocolombianos. Es un punto de encuentro de los distintos sectores agrarios y populares para la cualificación de nuestros debates, que conseguirá mandatar sobre una agenda de acción política y social con espíritu de unidad. Seguiremos siendo diversos, hablando distintas lenguas y dedicando nuestras fuerzas a diferentes fines, pero en medio de esa diversidad buscamos avanzar hacia la unidad de acción que garantice que nuestras voces se conviertan en una sola para lograr un país distinto (CACEP, 2014).

Sus apuestas políticas e ideológicas se basan del análisis de realidad de los sectores populares y oprimidos al oponerse al actual modelo neoliberal que sigue explotando, empobreciendo y despojando a los campesinos, y que se agudiza con el nuevo Pacto Agrario propuesto por el Gobierno y con el cual ha pretendido afianzar alianzas con empresarios y terratenientes de la industria agrícola. De igual forma, se entrelazan con los anhelos de paz de gran parte de colombianos al impulsar y participar en las negociaciones de paz con las guerrillas bajo la consigna de *Paz con justicia social*. Para Vallejo (2016) La estructura organizativa de la CACEP es horizontal y su fuerza se afianza en el conjunto de creencias y valores compartidos por los movimientos sociales, que tiende a transformar la estructura representativa del Estado, mediante la concepción de un sistema de gobierno propio con partición directa en la formulación de las políticas públicas, fundamentada en la Constitución del 1991, la cual demanda el cumplimento de los derechos concedidos mediante la Ley 70 de 1993, la que al reconocer la diversidad étnica y

gcultural de la nación confiere a los indígenas y afrocolombianos derechos sobre los territorios colectivos, las tierras y los conocimientos ancestrales.

El 31 de marzo de 2014 la CACEP presenta el pliego de exigencia único ante el gobierno nacional, Mandatos por el buen vivir por la reforma agraria estructural, la soberanía, la democracia y la paz con justicia social. Siendo una propuesta integral de los movimientos sociales que hicieron parte del paro nacional agrario y de otras que constantemente acompañan las distintas movilizaciones nacionales con el objetivo de generar una mesa única de interlocución con el Gobierno. Él pliego abarca una serie soluciones para las contradicciones estructurales que han constituido los problemas sociales de clase y el abandono estatal a las comunidades urbanas, campesinas, indígenas y afrocolombianas, a partir de ocho temas de discusión y concertación: a) Tierras, territorios colectivos y ordenamiento territorial; b) Economía propia contra el modelo de despojo; c) Minería, energía y ruralidad; d) Cultivos de coca, marihuana y amapola; e) Derechos políticos, garantía, victimas y justicia; f) Derechos sociales; g) Relación Campo Ciudad; h) Paz con justicia social y solución política.

Frente a la tierra se mandata, a nivel general, que se realice una reforma agraria y que sean las comunidades y los pueblos quienes precisen cuáles deben ser los usos “del territorio y las maneras de habitarlo, conservarlo y cuidarlo conforme a los imaginarios y cosmovisiones de las comunidades agrarias” (CACEP, 2014). Todo ello de acuerdo a una política diferencial propia que incluya a las distinciones étnicas, regionales y productivas. En el caso particular de las comunidades negras se exige el cumplimiento la ley 70 de 1993. Ley que define la ocupación colectiva como el “asentamiento histórico y ancestral de comunidades negras en tierras para su uso colectivo, que constituyen su hábitat” y sobre los cuales se desarrollan en la actualidad sus prácticas tradicionales de producción. En economía propia contra el modelo despojo, se mandata

la transformación del modelo productivo a una política económica publica planificada y que fortalezca los procesos de producción campesina, indígena y afrocolombiana para contrarrestar las políticas aperturistas del libre comercio con la creación y fortalecimiento de cooperativas rurales y la entrada a la reglamentación del capítulo VII de la Ley 70 de 1993 relacionado con el fomento al desarrollo de los territorios colectivos negros (CACEP, 2014).

Frente a los derechos políticos, garantías, victimas y justicia con el pueblo colombiano, parte de la falta de reconocimiento político, la constante estigmatización y la insuficiente garantía de los derechos. Se mandata vedad, justicia y reparación integral para las víctimas de violaciones de los derechos humanos efectuadas a comunidades campesinas, indígenas y afrocolombianas con la conformación de una comisión de la verdad y la no repetición de las prácticas violentas de los grupos militares y paramilitares con cauciones para la permanencia en los territorios y el derecho a la protesta social (CACEP, 2014). En los derechos sociales se mandata el estricto cumplimiento por parte del Estado de sus deberes constitucionales para aplicación inmediata de los derechos esenciales para el buen vivir como la educación, salud, trabajo, vivienda digna y la recreación, con el aumento de las partidas presupuestales en infraestructura y la dotación indispensable para funcionamiento eficaz de las instituciones necesaria para llegar a objetivos específicos de las comunidades. (CACEP, 2014).

Por último, para Para la paz con justicia social y solución política al conflicto se mandata el avance de los diálogos con participación directa del CACEP, la implementación de una política integral para la paz, en ese momento con la guerrilla de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), y la instalación de una mesa urgente con el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y el Ejército Popular de Liberación (EPL) debido a que las comunidades rurales conocen

de forma directa la crudeza y el horror de la guerra por estar en zonas de confrontación armada. (CACEP, 2014).

Logros y Perspecrivas politicas del movimiento negro en Guachené

El proceso en CACEP, ha traído consigo nuevas experiencias y logros que no se hubiera podido conseguir como organizaciones aliadas. El fortalecimiento de las relaciones y articulaciones con los demás procesos políticos del departamento de Cauca permitió generar golpes significativos de opinión pública como pueblo afrocolombiano y posicionar de esta manera su relevancia como sujetos políticos por la autonomía de los territorios. Según Leidy Mina, se reconoce que "no había visto antes que paráramos la Panamericana como comunidad negra, y no había visto esa cualificación y siempre se hacía demasiado sectorial", asumiendo la importancia de la articulación como mecanismo de presión de mayor contundencia. Además, añade "y esta vez hubo una unidad en criterios y pensándose en los pliegos de petición la caña de azúcar la siembra por cartón Colombia y la minería criminal, la minería para nosotros es legal pero la ancestral" (en comunicación personal). Por tanto, se asume como perspectiva, si no el crecimiento interno de la organización, que es una necesidad constante, por lo menos la necesidad de incidir con mayor fuerza en problemas específicos de su territorio a partir de la visibilidad a nivel nacional que permite la articulación con otras organizaciones.

No obstante, se pasa de igual forma de un número significativo de militantes en todos los procesos a salto cualitativo importante en los discursos de todos los voceros, que recogen de manera colectiva y sintética las necesidades de las organizaciones pertenecientes a CACEP. Víctor Hugo Moreno afirma que las "reivindicaciones políticas para el pueblo negro del norte del cauca de Guachene" se fortalecen en perspectiva de la lucha política, añadiendo que "ya que hay varias

visiones todas alrededor del plan de buen vivir, y ahora es una apropiación y un proyecto de vida regional del norte del cauca". Es decir, el proceso de movilización contribuyó también en el posicionamiento regional y consolidó un apuesta política en torno a "el acceso de la tierra, la recuperación de la misma, los proyectos productivos y en el fortalecimiento de las dinámicas para que se compren y se recuperen fincas sembradas en el monocultivo de caña" (en comunicación personal).

En consecuencia, lo que sigue de forma articulada, según Leidy Mina es "echar a andar unos objetivos comunes que se han pensado como necesidades primarias después que el Gobierno los reconociera como pueblo en el municipio de Guachené" (en comunicación personal). Víctor Hugo Moreno, reconoce que la prioridad es "avanzar en la propuesta de proyectos productivos territoriales en el municipio de Guachené por medio de la articulación con otros sectores" y también "fortalecer el gobierno propio de los consejos comunitario que van desde los sistemas de justicia ancestral y las practicas propias que se deben fortalecer y sostener en el tiempo alrededor del buen vivir en el norte del cauca" (en comunicación personal). Como perspectiva a mediano plazo, el movimiento negro unido por Guachené, concentrará los esfuerzos en la implementación de una educación pública y de calidad, donde la base sea fortalecer el sistema educativo en primaria y secundaria desde una mirada etnoeducativa o de educación propia, que permita generar identidad a las comunidades negras del municipio en general, y puedan disputar las luchas políticas reivindicativas de todas las comunidades que habitan el departamento del Cauca.

Conclusiones

En Colombia difícilmente puede establecerse otra causa para la emergencia de los movimientos sociales rurales que no gire en torno al problema de la tierra. Los altos niveles de conflictividad en las zonas rurales del país tienen un común origen: la distribución desigual en el acceso a la tierra. Históricamente se ha consolidado un régimen que privilegia a los grandes terratenientes y empresarios, pues son estos los que cuentan con los recursos y los mecanismos suficientes para ejercer presión en las instancias de Gobierno y determinar un modelo de distribución que los beneficia de manera exclusiva.

El capitalismo agrario en el país se ha desarrollado en detrimento de las condiciones materiales de existencia de campesinos, indígenas y comunidades negras. A pesar de las intentonas de reforma agraria durante los últimos dos siglos, la concentración de la tierra ha tendido a agudizarse violentando de diferentes maneras a los pequeños productores del campo y generando procesos de desterritorialización que sólo profundizan las contradicciones sociales y los niveles de conflictividad. Por tal razón, no es de extrañarse que la respuesta de los habitantes del campo en muchas ocasiones haya sido optar por organización que incluso han alcanzado los niveles de beligerancia que hacen de la ruralidad colombiano un territorio de guerra. No obstante, la respuesta de organización social de las comunidades, que muchas veces se encuentra en una suerte de limbo entre la represión estatal y la violencia de los grupos armados, configura una alternativa para la superación de los conflictos; pero ello, siempre está supeditado a las voluntades políticas de los gobernantes y los empresarios de la tierra. A continuación, se exponen algunas de las conclusiones que surgen de reflexiones en torno a la investigación, tratando de esclarecer lo que deja el cumplimiento de cada uno de los objetivos del proyecto.

- El problema agrario en el norte del Cauca tiene como protagonista al monocultivo de caña; aunque su proceso de consolidación puede ubicarse alrededor de la década de 1950, es el resultado de todo un engranaje histórico y regional que ha privilegiado a la gran hacienda. Bien pueden detectarse algunos principios específicos para definir la consolidación y la extensión del monocultivo, pero en cualquier caso todos tienen como horizonte la concentración de la tierra, proceso que se desprende de la presión que familias particulares del Valle del Cauca han logrado ejercer en diferentes instituciones gubernamentales para lograr el despojo de tierras de campesinos, especialmente de las comunidades negras del norte del Cauca.
- La expansión del monocultivo y la consolidación de los ingenios azucareros en la zona geográfica del valle del río del cauca no sólo generaron un proceso de despojo de tierras en las comunidades negras, sino que también se apropiaron de su fuerza de trabajo en condiciones casi de servidumbre. Estos dos elementos: el despojo de tierra y la apropiación de la fuerza de trabajo, se convierten en los principales detonantes de la organización del movimiento negro en el norte del Cauca.
- La evolución histórica del movimiento social negro del norte del Cauca se caracteriza, en principio, por los antecedentes del palenque El Castigo en la región del Patía caucano, lugar de asentamiento y organización social de los cimarrones, esclavos y negros libres que buscaron huir de los dominios de la corona española y los hacendados. Con esta herencia, el siglo XX se caracteriza por el establecimiento de diferentes procesos de resistencia de las comunidades negras del norte del Cauca que abogaron principalmente por el derecho a trabajar la tierra dignamente, pero también por el establecimiento de otros derechos civiles. Todo esto condujo al establecimiento de los

consejos comunitarios como base de la organización y confluencia negra en el territorio.

- La participación del movimiento negro de Guachené en el paro nacional agrario significo el reconocimiento y articulación con otras organizaciones de la región como lo son: ACONC, PCN, y la ASOCODITA. Esto permitió compartir y ejecutar acciones colectivas como las marchas, mítines, bloqueo a vías, entre otras expresiones de movilización popular en torno a las reivindicaciones concretas en el pliego presentado por el Coordinador Nacional Agrario ante el Gobierno nacional.
- La CACEP, como la plataforma nacional recoge las inquietudes, las necesidades y las reivindicaciones de los sectores agrícolas populares. La Cumbre se reconoce como el escenario de articulación y confrontación contra las políticas agroeconómicas aperturistas mediadas por las dinámicas del mercado neoliberal. La propuesta se materializó en un pliego de peticiones que tiene como esencia el bue vivir de todas comunidades agrícolas del país, a partir de una reforma agraria integral, el cumplimiento de los derechos sociales, políticos y económicos de las comunidades campesinas, indígenas y afro ajustadas en un marco de un país de paz con justicias social para la no repetición de la violencia.

Anesxos

Matriz de sistematización entrevistas

Entrevistado: Víctor Hugo Moreno Mina

Preguntas	**Categorías: Movimiento Negro, Cimarronaje**
Describa brevemente los factores históricos, económicos, políticos o sociales que considera que influyeron en la configuración del movimiento negro en el municipio de Guachené	**Políticos:** ***"la semilla de cimarronaje existe una semilla de cimarronaje que existe en Guachene ya que hay vestigios de palenques o mini palenques, hacia las veredas cabaña y se le llamaba Caña Brava"*** ***"Permanencia y pervivencia en el territorio y cultivos de Pan Coger"*** ***"La necesidad de trabajar en equipo desde la tonga la Minga y las necesidades de liderazgo comunitario"***
	Sociales
	Económicos
	Generalidades históricas: "2006 el municipio de Guachené de separo de Caloto; desde ese momento se da una participación política en el municipio la gente negra tiene mayor participación"
	Desarrollar a modo de línea del tiempo

¿Cuáles momentos considera que se convierten en referentes o hitos de la evolución histórica del movimiento negro de Guachené?	**"En 1851 antes de la esclavitud hubo muchas comunidades que se escaparon de la esclavitud huyendo de las fincas, escapándose de las haciendas"** **"hubieron mecanismos de justicia ancestral desde el cimarronaje ye eso dio pie para"** **"La recuperación de la Finca Pilamo y se configura en la década de los 90"** **"Separación del municipio de Guachene de caloto se consolidan diferentes expresiones organizativas como el salto afro"**
¿Cuáles fueron las reivindicaciones concretas que motivaron la participación del movimiento negro de Guachené en el	**DDHH** **Tierra y economía "recuperación de la tierra y un 70% del territorio de Guachene esta invadido por los ingenios de azúcar y otros ingenios que están, la necesidad de la recuperación de la tierra y el territorio"** **Sociales**

paro nacional agrario de 2013?	**Derechos políticos**
	Identidad o cultura **"El fortalecimiento de las dinámicas organizativas alrededor del tema de la reparación colectiva"**
¿Cómo fue el proceso de organización y preparación de la participación del movimiento negro de Guachené en el paro nacional agrario de 2013?	**División de tareas y responsabilidades (organizativo) Dialogo con mayores y mayores de los consejo comunitarios del PCN, también de ASOCODITA, ACONC, que permitieron la necesidad de hacer parte de esta movilización nacional para avanzar en el tema de la recuperación de la tierra y el territorio"**
	Discusiones políticas: **Recuperación de tierras.** **"además de las personas que se fueron a Bogotá, hubo personas que se juntaron en el primer congreso de comunidades negras en Quibdo en el cual, surgieron varias dinámicas organizativas, como la ANAFRO (autoridad nacional Afrodescendiente) y la guardia cimarrona "**
	Logística: **"Recuerdo que hubo un desplazamiento de la comunidad negra de Guachene que estaba organizada a Bogotá a acompañar la movilización"**
	Comunicaciones
	Articulación con otras organizaciones:

	"La articulación estuvo con las organizaciones que en ese momento hacían presencia en el territorio del norte del cauca, pero eran de sectores campesinos e indígenas como el CRIC, la ACIN y asociaciones campesinas"
¿Qué importancia tiene la Cumbre Nacional Agraria Campesina Étnica y Popular para el movimiento negro de Guachené?	**Qué se ha logrado** **"la cumbre Permite fortalecer dinámicas y la articulación entre diferentes sectores políticas en el país que tenemos acciones en común alrededor de la defensa de los derechos territoriales y derechos humanos en el país y proyectos productivos"** **"avanzar en la propuesta de proyectos productivos territoriales en el municipio de Guachené por medio de la articulación con otros sectores"**
	Qué se espera
¿Cuáles es la perspectiva política y organizativa del movimiento negro de Guachené para el corto y mediano plazo?	**Reivindicaciones políticas para el pueblo negro del norte del cauca de Guachene hay varias visiones todas alrededor del plan de buen vivir, que es una apropiación y un proyecto de vida regional del norte del cauca, una de las cosas que se tiene pensado es el acceso de la tierra, la recuperación de la misma, los proyectos productivos y en el fortalecimiento de las dinámicas para que se compren y se recuperen fincas sembradas en el monocultivo de caña.**
	Objetivos políticos: **"fortalecer la dinámica organizativa del Salto Afro, que permita que más jóvenes puedan tener acceso a la educación"**

	"Fortalecer el sistema educativo en primaria y en secundaria, consolidar nuestras instituciones educativas como instituciones etnoeducadoras"
	Proyección organizativa **"Fortalecer el gobierno propio de los consejos comunitario que van desde los sistemas de justicia ancestral y las practicas propias que se deben fortalecer y sostener en el tiempo alrededor del buen vivir en el norte del cauca"**

Entrevistado: Gabino Hernández Palomino

Preguntas	**Categorías:**
Describa brevemente los factores históricos, económicos, políticos o sociales que considera que influyeron en la configuración del movimiento negro en el municipio de Guachené	**Políticos: "tienes que ver con la lucha con el poder negro"**
	Sociales: **"el fortalecimiento y el origen del consejo comunitario de Pilamo"**
	Económicos: "esto tiene que ver con que el año 2002 tuvimos un candidato a la alcaldía de caloto, como perdimos nos dimos la pela, para crear el municipio de Guachene para que tuviera mejor postura"
	Generalidades históricas:

¿Cuáles momentos considera que se convierten en referentes o hitos de la evolución histórica del movimiento negro de Guachené?	**Desarrollar a modo de línea del tiempo**
	“la recuperación de la finca, del consejo comunitario de Pilamo en unión con los indígenas, una haciendo colonial de 1800 hectáreas, esto junto con los indígenas, donde a los negros nos 907 y a los indígenas 800”
¿Cuáles fueron las reivindicaciones concretas que motivaron la participación del movimiento negro de Guachené en el paro nacional agrario de 2013?	**DDHH**
	“Las reivindicaciones del movimiento negro unidos por Guachene las podemos enmarcar en al lucha que dio el palenque del alto cauca junto con Pilamo y la Asociación de Consejos Comunitarios del Norte del Cauca ACONC”
	Sociales
	Derechos políticos
	Identidad o cultura
¿Cómo fue el proceso de organización y	**División de tareas y responsabilidades (organizativo)**
	ANCONC -PCN – PALENQUE ALTO CAUCA

preparación de la participación del movimiento negro de Guachené en el paro nacional agrario de 2013?	**Discusiones políticas:** **“antes del Paro nosotros habíamos hecho unas acciones previas, como la toma del Incoder la Toma desde la alcaldía de Santander, en función de recuperar 517 hectáreas a favor de las comunidades negras, el gobierno nacional en el 2007 la compro para los indígenas sabiendo que como comunidades negras teníamos posesión de esas tierras históricamente”**
	Logística:
	Comunicaciones
	Articulación con otras organizaciones:
¿Qué importancia tiene la Cumbre Nacional Agraria Campesina Étnica y Popular para el movimiento negro de Guachené?	**Qué se ha logrado** **“la toma de la panamericana se tuvo contactos con espacios interétnicos y interculturales y a finales de los 90 se Conformó un espacio interétnico”**
	Qué se espera
	Reivindicaciones políticas

¿Cuáles es la perspectiva política y organizativa del movimiento negro de Guachené para el corto y mediano plazo?	**La perspectiva que hay desde el movimiento unidos por Guachené donde la base fundante es la educación superior y la apuesta que tenemos ahora es ganarse la gobernación del cauca"**
	Objetivos políticos:
	Proyección organizativa

Entrevistado: Leidy Mina Diaz

Preguntas	**Categorías:**
Describa brevemente los factores históricos, económicos, políticos o sociales que considera que influyeron en la configuración del movimiento negro	**Políticos: "El movimiento negro en el municipio de Guachene siempre a habido, por que la resistencia de la gente negra, Guachene es un municipio que es principalmente de gente negra que salieron de las haciendas esclavistas y muchos que se volaron y otros que pagaron formando lo que es el palenque en Guachene"**
	Sociales:" este movimiento tomo fuerza a partir de temas políticos al separarse de caloto, lo cual es una iniciativa de jóvenes y sienten que deben independizarse por que tienen las condiciones para hacerlo"

en el municipio de Guachené	**Económicos:**
	Generalidades históricas:
¿Cuáles momentos considera que se convierten en referentes o hitos de la evolución histórica del movimiento negro de Guachené?	**Desarrollar a modo de línea del tiempo**
	"hubo un paro de caficultores de la gente que trabajaba para los ingenios exigiendo derechos laborales no recuerdo la fecha porque era muy pequeña" **"el otro es cuando Guachené se independiza de caloto"**
¿Cuáles fueron las reivindicaciones concretas que motivaron la participación del movimiento negro de Guachené en el paro nacional agrario de 2013?	**DDHH** **"hubo acciones contundentes las cuales fue el retiro de varias retro-excabadoras que estaban dañando el rio, es una de las consecuencias del paro"**
	Sociales
	Derechos políticos **"por la defensa del territorio"**
	Identidad o cultura
	División de tareas y responsabilidades (organizativo)

¿Cómo fue el proceso de organización y preparación de la participación del movimiento negro de Guachené en el paro nacional agrario de 2013?	**"Yo llego la movilización por la movilización de mujeres negras por el cuidado de la vida, pero en ese momento no recuerdo ya que estaba ingresando al proceso"**
	Discusiones políticas:
	Logística:
	Comunicaciones
	Articulación con otras organizaciones:
¿Qué importancia tiene la Cumbre Nacional Agraria Campesina Étnica y Popular para el movimiento negro de Guachené?	**Qué se ha logrado** **"no había visto antes que paramos la panamericnana como comunidad negra y no había visto esa cualificación y siempre se hacía demasiado sectorial y esta vez hubo una unidad en criterios y pensándose en los pliegos de petición la caña de azúcar la siembra por cartón Colombia y la minería criminal, la minería para nosotros es legal pero la ancestral"** **"que el gobierno nos reconociera como pueblo en el municipio de Guachene"**

	Qué se espera
¿Cuáles es la perspectiva política y organizativa del movimiento negro de Guachené para el corto y mediano plazo?	**Reivindicaciones políticas**
	Objetivos políticos: **“que se tenga en cuenta la consulta previa libre e informada con el consentimiento previo libre e informado”**
	Proyección organizativa **“la creación de empresas, pero estas empresas deben tener y estar en concordancia con los principios organizativos y la creación de cultivos tradicionales”**

Bibliografía

ACONC. (2014). Proclama. Humanidades Digitales, Dialogo de Saberes y Practicas Colaborativas En Red. https://www.proclamadelcauca.com/aconc-le-apuesta-a-la-defensa-del-territorio-y-la-vida-de-comunidades-afrodescendientes/#:~:text=

Agudelo, C. (2010). Movilizaciones afrodescendientes en América Latina Una visión panorámica de algunas experiencias contra la exclusión y por el derecho a la identidad. *Colombia Internacional*, 109–126

Angarita, S. (2019). *Análisis de la incidencia de las organizaciones campesinas en las políticas públicas agrarias (2013-2016): estudio de caso, paro agrario nacional 2013.* Universidad Nacional de Colombia

ANUC. (1973). El café y el movimiento campesino. In La tierra en Colombia. Colombia: La Oveja Negra

Asocaña. (2019). El sector azucarero colombiano en la actualidad. Retrieved June 23, 2020, from https://www.asocana.org/publico/info.aspx?Cid=215

Ayala, G. (2019). El monocultivo de la caña de azúcar en el valle geográfico del río Cauca (Valle del Cauca, Colombia): un enclave que desnaturaliza la vida ecosistémica. *Revista Forum*, *15*, 37–66.

CACEP. (2014). *Mandato para el buen vivir, por la reforma agraria estructural, la soberanía, la democracia y la paz con justicia social* (pp. 1–16).

Campos, F. (2015). El paro Nacional Agrario de 2013 y la Política Agropecuaria 2006-2014. *Derecho y Realidad*, *13*, 153–170.

Castillo, A. (2017). Territorio y movimiento social afrodescendiente en Latinoamérica: miradas desde México y Colombia. *Espacialidades. Revista de Temas Contemporáneos*, *7*(1), 204–228.

Castillo, J. (2005). *El estado-nación pluriétnico y multicultural colombiano: la lucha por el territorio en la reimaginación de la nación y la reivindicación de la identidad étnica de negros e indígenas*. Universidad Complutense de Madrid.

Centro Virtual Isaacs. (2011). Algunos rasgos sobre la esclavitud en el suroccidente colombiano. Santiago de Cali: Universidad del Valle.

Colectivo de Abogados, José Alvear Restrepo. (28 agosto de 2013). Agresiones de la fuerza pública contra la población civil en el marco del paro agrario y popular. Recuperado de: https://www.colectivodeabogados.org/Agresiones-de-la-fuerza-publica

Cruz, E. (2017). La Rebelión de las Ruanas: el Paro Nacional Agrario en Colombia*. *Análisis*, *49*, 83–109

Denzin, N., & Lincoln, Y. (1994). Introduction: Entering the Field of Qualitative Research. In *Handbook of Qualitative Research* (pp. 33–55). Thousand Oaks, CA: Sage.

García, V. (2014). TLCs, paro nacional agrario y movimiento social en Colombia. Retrieved November 30, 2019, from Nuevo Mundo website: https://journals.openedition.org/nuevomundo/67127

Girón, Y. (2015). *Acción Colectiva Transnacional y Lucha por el los Derechos Humanos en el Movimiento Afrocolombiano (2002-2010)*. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales

Hernández, R. (2014). Identidad cultural palenquera, movimiento social afrocolombiano y democracia. *Reflexión Política*, *16*(31), 94–113.

Hurtado, T. (2001). *Política y movimiento social agrario en un contexto de transformación de comunidades negras semirurales*

INCODER. (2013). Proceso de fortalecimiento territorial a consejos comunitarios y capitanías. Cali: Pontifica Universidad Javeriana.

Jaramillo, J., Londoño, N., & Sánchez, G. (2015). Agroindustria azucarera y finca tradicional en el norte plano del Cauca (Colombia). Perspectivas históricas y claves etnográficas. *Memoria y Sociedad*, *19*(39), 30–47

López, C., Nieto, L., Sánchez, W., Posada, V., Ramírez, M. (2015). Paros agrarios y negociación entre el gobierno colombiano y la Cumbre Agraria Étnica Campesina y Popular (CACEP). Revista Criterio Libre Jurídico, 12(2), 161-175

Lowy, M. (1974). Objetividad y punto de vista de clase en las ciencias sociales. In *Sobre el método marxista* (1st ed., pp. 9–44). México D.F: Grijalbo, S.A.

Machado, A. (2009). Ensayos para la Historia de la Política de Tierras en Colombia de la colonia a la Creación del Frente Nacional (Universidad Nacional de Colombia, F. de C. Económicas, & C. Centro de Investigaciones para el Desarrollo (eds.); 1st ed.).

Mbembe, A. (2016). *Crítica de la razón negra. Ensayo sobre el racismo contemporáneo*. Barcelona: Nee Ediciones.

Mcfarlane, A. (1991). Cimarrones y palenques en Colombia: siglo XVIII. *Historia y Espacio*, (14), 53–78.

Melucci, A. (1999). Teoría de la Acción Colectiva. In E. C. de México (Ed.), *Acción Colectiva, Vida Cotidiana y Democracia* (pp. 25–54)

Mena, L. (2015). Trago amargo para la oligarquía del azúcar. Retrieved June 24, 2020, from https://prensarural.org/spip/spip.php?article17934

Mina, M. (2011). *Esclavitud y libertad en el valle del río Cauca*. Bogotá: Universidad de Los Andes

Mina, M. (1975). *Esclavitud y Lybertad en el Valle del Rio Cauca*. Fundación Rosca de Investigación y Acción Social.

Mondragón, H. (2007). Biocombustibles y relaciones de dominación. Retrieved June 21, 2020, from https://rebelion.org/biocombustibles-y-relaciones-de-dominacion/

Observatorio de Territorios Étnicos. (2012). *Poblaciones negras en el norte del Cauca Contexto Político Organizativo*.

Prieto, A. (2016). Colonización empresarial y concentración de tierra: el cultivo de palma en Tumaco (1960-1990). Instituto Colombiano de Antropología e Historia

Procaña. (2013). Asociación Colombiana de Productores y Proveedores de Caña de Azúcar.

Restrepo, E. (2014). Afrodescendientes y Minería. *Mining, Violence and Knowledge*, *14*

Roncancio, G., Burbano, A., & Molano, F. (2014). Conversatorio sobre las jornadas de protesta de agosto y octubre de 2013. *Revista CEPA*, *I*(18), 15–23.

Sánchez, R. (2008). Las iras del azúcar: la huelga de 1976 en el Ingenio Riopaila. *Historia Crítica*, (35), 34–57

Tahir, S. (2008). Movimiento campesino colombiano: historia y lucha. Retrieved from Prensa Rural website: https://www.prensarural.org/spip/spip.php?article1289

Touraine, A. (2006). Movimientos Sociales. *Revista Colombina de Sociología*, *27*, 255–278

Trujillo, I. (2014). Reformas agrarias en Colombia: experiencias desalentadoras y una nueva iniciativa en el marco de los Acuerdos de Paz en la Habana. *Ensayos de Economía*, (45), 35–60

Vallejo, L. (2016). *La propuesta de política de la Cumbre Agraria Étnica y Popular*. https://www.javeriana.edu.co/unesco/humanidadesDigitales/ponencias/IV_83.html

Vanegas, G., & Rojas, A. (2012). Poblaciones negras en el norte del Cauca. Bogotá: Observatorio de Territorios Étnicos

Vasilachis, I. (2006). *Investigación cualitativa. Estrategias de la investigación cualitativa*. Barcelona: Gedisa Editorial

Wabgou, M., Arocha, J., Salgado, A., & Carabalí, J. (2012). *Movimiento Social Afrocolombiano, Negro, Raizal y Palenquero: El largo camino hacia la construcción de espacios comunes y alianzas estratégicas para la incidencia política en Colombia*. Universidad Nacional de Colombia

Zuluaga, F. (1993). Guerrilla y sociedad en el Patía. Santiago de Cali: Universidad del Valle.

Zuluaga, F., & Bermudez, A. (1997). *La Protesta Social en el Suroccidente Colombiano: Siglo XVIII*. Santiago de Cali: Universidad del Valle.

Zuluaga, F., & Romero, M. (2007). Sociedad, cultura y resistencia negra en Colombia y Ecuador. Santiago de Cali: Universidad del Valle

Zuluaga, J. (2015). Comunidades negras en Colombia: desarrollo histórico y proceso de etnización. *Contextos*, (33), 93–109